

SOCIEDADES PREHISTÓRICAS O HISTÓRICAS EN LAS CALIFORNIAS. ENSAYO DE UN MOMENTO DE SU HISTORICIDAD

Por
Felipe I. Echenique March*

RESUMEN

En la actualidad un buen número de textos que refieren descripciones de tiempos pretéritos son considerados como obras historiográficas de primera mano. Lo anterior los cubre con un halo de intocabilidad en cualquiera de sus partes, hasta no dejarnos distinguir lo que son apreciaciones convertidas en dogma y juicios de valor de lo que sólo son descripciones más o menos plausibles de lo visto. El autor de este ensayo pretende desprenderse de esos prejuicios y se arriesga a proponer otra lectura de los clásicos, donde rescata de los textos las partes y referencias que considera alumbran una nueva manera de ver la historia de los naturales que poblaban y dominaban las Californias antes de la llegada de los españoles.

ABSTRACT

Nowdays a number of texts that refere to descriptions of past times are considered first hand historiographic literary work; the before said covers them with a halo of untouchability of any of its parts and that does not distinguish between appreciations or value judgements of what can be more or less plausible descriptions of what they saw. The author of this essay detaches himself from these prejudices and takes a risk by proposing to read the classics differently, where the parts and references of the texts that he consideres illuminate a new way of seeing the history of some of the natives that lived and dominated the californias before the arrival of the spanish.

* Licenciado en historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia del Centro Regional de Baja California.

PRÓLOGO

Solamente aparece ante nosotros cualquier ser, en tanto que nos damos cuenta de él. Por ello, somos injustos contra los tiempos tranquilos y oscuros en los que el hombre, sin conocerse a sí mismo, trabajó por un fuerte impulso interno, actuó acertadamente, y no dejó más documentos de su existencia que precisamente este resultado, que debería de ser más estimado que todos los informes.

Goethe.

Este trabajo es un adelanto del proyecto titulado “Antología documental de las Californias”.¹ El objetivo es invitar al debate, toda vez que para la elaboración de la antología proponemos un hilo conductor que esperamos ofrezca a los lectores algo más que una recopilación de pasajes de los clásicos de la historiografía californiana arbitrariamente escogidos.

El principal punto de vista sostenido aquí —que puede resultar polémico o molesto para muchos colegas— es el de considerar a los grupos pobladores y dominadores de las Californias, hasta la llegada de los españoles, como creadores de sus propias Historias. Mantener este punto de vista significa negar en su propia naturaleza la afirmación, aun hoy vigente, de que aquellos grupos no eran más que bárbaros y salvajes y que, por tanto, se encontraban en la prehistoria. Barbarie y salvajismo siguen sirviendo como términos iguales al de prehistoria. El uso del término sólo ha servido a los conquistadores para negar a los conquistados el derecho a mantener sus formas de vida, a continuar sus Historias y por tanto a conservar su propia historicidad.

Detrás del proyecto antológico hay una concepción de lo que es la Historia. Para nosotros es una realidad externa e independiente del conocimiento de ella misma. Llamamos propiamente historiografía o historia con minúscula al relato de los hechos humanos. No es éste el momento de discutir lo anterior, nuestra perspectiva quiere mostrar la diferencia de ambos conceptos.

Ahora bien, para realizar el presente ensayo sólo hemos utilizado siete obras consideradas por la historiografía como fuentes de conocimiento de primerísima mano, a saber: Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, edición y estudio preliminar de Miguel León-

¹ Se agradece a Julia Bendínez el impulso y aliento que me ha dado para que se publique este adelanto. Por otra parte, les agradezco a Lourdes Romero y Alberto Cué las múltiples ocasiones en que lo leyeron, haciendo observaciones importantes, así como una buena cantidad de sugerencias con las que lo enriquecieron. A Alberto Cué le debo además las múltiples y útiles sugerencias para corregir el estilo y el fondo. Mi deuda para con todos ellos, así como mi reconocimiento. Las apreciaciones generales, así como el contenido de todo el trabajo, son responsabilidad propia.

Portilla, 1988; Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, 1970; Juan Bautista de Anza, *Diario del primer viaje a la California*, 1774, presentación y comentarios de Julio César Montané Martí, 1989; "Diario que formó el padre predicador apostólico fray Pedro Font, Misionero apostólico del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro...", (obra en proceso de publicación)². Las otras fuentes consultadas son las de fray Francisco Garcés, *Diario de exploraciones en Arizona y California en los años de 1775 y 1776*, introducción y notas de John Galvin, 1968; Eusebio Francisco Kino, *Las misiones de Sonora y Arizona*, "favores celestiales" y "relación diaria de la entrada al noroeste", versión paleográfica de Francisco Fernández del Castillo, 1989; Francisco Palou, *Vida de fray Junípero Serra, y misiones de la California Septentrional*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, 1970.

La información que nos proporciona cada documento es totalmente divergente tanto por los grupos de naturales que trataron como por las distintas valoraciones que hicieron de sus usos y costumbres. En la mayoría de los casos tales referencias son un tanto anecdóticas o accidentales, ya que el tema central no lo constituyen los grupos de naturales, sino las hazañas y trabajos que pasaban los misioneros para adentrarse, conquistar y finalmente catequizar a los naturales. Así, los nativos fueron convertidos en objetos y no en sujetos. De allí que los misioneros jesuitas subordinaran la descripción de la vida de los naturales al relato de la historia occidental en su sentido épico.

Si lo anterior es cierto también lo es el que las obras de Del Barco y Clavijero constituyen en cierto sentido una excepción. En ellas encontramos una buena cantidad de descripciones de usos y costumbres de los aborígenes. Pero lo anterior no quiere decir que tales descripciones estén libres de prejuicios o fuera de la concepción que tenían de la Historia y de ellos mismos. Por ejemplo, el padre Francisco Xavier Clavijero, que no estuvo en la California pero que sí escribió una historia de la misma con base en las noticias del padre Burriel, Del Barco y otros jesuitas decía:³

Poco diferente de las citadas bestias era en la manera de vivir, los salvajes habitantes de la California, [...] en cuanto al alma no son distintos de los restos hijos de Adán. Los que se han criado en las

² El trabajo de transcripción, paleografía y estudio introductorio fue hecho por Julio César Montané Martí, quien nos hizo llegar una copia del documento.

³ Para mayor información sobre la obra citada de Clavijero hay que revisar el estudio introductorio de Miguel León Portilla, así como el que hiciera para la obra de Del Barco. Ver la bibliografía.

selvas tienen aquellos vicios e imperfecciones que en todos los países son consiguientes a la vida salvaje; son rudos, muy limitados en sus conocimientos por falta de ideas, perezosos por falta de estímulo, inocentes, precipitados en sus resoluciones y muy inclinados a los juegos y diversiones pueriles por falta de freno [...] y en sus bailes [...] imitan los movimientos y voces de los animales [...] los californios eran del todo bárbaros y salvajes y no tenían conocimiento de la arquitectura, de la agricultura y de otras muchas artes útiles a la vida humana. En toda aquella península no se halló una casa ni vestigio de ella, ni tampoco una cabaña, una vasija de barro [...] un instrumento de metal o un lienzo cualquiera. Sus habitantes se sustentaban con aquellas frutas que se producen espontáneamente o con los animales que cazaban y pescaban, sin tomarse el trabajo de cultivar la tierra, de sembrar o criar animales (Clavijero, 1970: 48-49).

Estas son sus bases de comparación y también de incompreensión, que se encuentran a lo largo de su obra y de otras tantas escritas en aquel tiempo. Pero sería injusto decir que —por lo menos con respecto a Del Barco y Clavijero— a causa de ello dejaron de inquirir a sus hermanos de orden o de buscar en los escritos y obras consultados lo relativo a las habilidades, conductas y actitudes de aquellos naturales. Así, los registros que elaboraron con la información disponible son lo más exhaustivo y sistemático que se hizo en aquellos años. Aunque, como mencionamos anteriormente, no dejaron de envolverlos en prejuicios y preconcepciones de la época. Finalmente podemos ahora ubicar dichos registros, por una parte, tenemos el discurso ideológico y, por la otra, las descripciones plausibles de lo que eran los modos de vida de los californios a la llegada de los españoles. Así pues, expurgando en los textos quedarán en su justo término los juicios genéricos —como el referido en el párrafo anterior— y nos quedarán sólo breves pero concretas descripciones de los modos del trabajo, la organización social y presumiblemente de las creencias y maneras de pensamiento.

Por otra parte y antes de que entremos en materia es necesario señalar que este ensayo sólo cubre una mínima parte de lo que deberá tratar la antología en lo que se refiere a los diferentes periodos, a los grupos de naturales que se tratarán y a las temáticas a desarrollar. Lo anterior se debe, como es lógico suponer, al carácter de propuesta del presente ensayo y a las limitaciones impuestas por las propias fuentes trabajadas. La primera limitante quedó plasmada en la imposibilidad de poder presentar una visión diacrónica o histórica de los grupos a que se refieren, a cambio de lo cual se ofrece una visión sincrónica o estática. Lo anterior significa que

se muestra un inventario amplio pero no exhaustivo de las formas de vida de las comunidades al momento del contacto con los misioneros. O dicho todavía en otros términos: queda una instantánea "abierta" que como tal fija detalles o particularidades pero la mayoría de las veces desvinculadas de su propia historicidad, aunque no deja de sugerirla. La segunda limitante consiste en no contar con una muestra representativa de todos los grupos que poblaban la California. Hay que recordar que los misioneros jesuitas no tuvieron un contacto directo y continuo con las comunidades que habitaban al norte del paralelo 28, por lo que las referencias a los grupos del septentrión californiano son casi inexistentes en las obras antes mencionadas. Por añadidura creemos que, en una perspectiva de balance, volver a tratar a las comunidades a que se refirieran los jesuitas —es decir, las que habitaban buena parte de la península californiana— es importante, pues fue sobre los peninsulares que recayeron primeramente los juicios y preconcepciones colonialistas. No podría esperarse menos en relación a aquellas comunidades que desconocían totalmente.

A las dos limitaciones antes mencionadas se vino a sumar una tercera que se impuso por un criterio meramente operativo, consistente en no tratar de enriquecer con notas críticas las referencias de los misioneros intentando llenar las lagunas o hacer más explícitos los temas que abordaron, pues ello hubiera exigido otro tipo de trabajo.

Ahora bien, dichas limitantes no obstruyen el fin perseguido pues pensamos que los materiales exhibidos en forma en que los presentamos se convierten en un primer resultado y en una alternativa para repensar las Historias de las comunidades californianas.

ENTRADA OBLIGADA

Por desgracia, en México no ha habido una tradición de estudio de la historia de los grupos que llegaron a conocerse como californios. En tales circunstancias no es fácil precisar cuándo llegaron los más antiguos pobladores. Esta situación no es privativa de la región. Hasta el momento tampoco ha sido posible precisar cuándo comenzó a ser habitado el continente americano. Algunos estudiosos hablan de 40,000 años a.n.e. y otros señalan de 20,000 a 15,000 años a.n.e.⁴ Ahora bien, a pesar de esta

⁴ Véase al respecto *Orígenes del hombre americano* (seminario). Compilación de Alba González Jácome (1988). No hay que olvidar el trabajo pionero de Pablo Martínez del Río, *Los orígenes americanos* (seminario) (1987). Una compilación histórica nos la dio Eduardo Matos Moctezuma en *Ideas acerca del origen del hombre americano (1570-1916)* (1987). Para el caso de la California continental véase Pedro G. Castillo y Antonio Ríos Bustamante, *México en Los Angeles, una historia social y cultural, 1781-1985* (1989:22-32).

imprecisión de milenios es posible hacer varias consideraciones que nos ahorrarán discusiones inútiles. En primer lugar, los hombres que cruzaron el estrecho de Bering en dirección a América ya eran *homo sapiens*.⁵ En segundo lugar, conocían y dominaban el fuego y además contaban con técnicas específicas para trabajar la piedra y fabricar diversos utensilios como arcos, flechas, lanzas y cervatanas. En tercer lugar, su tránsito tuvo lugar durante los últimos milenios de la llamada era pleistocénica (era de glaciales e interglaciales que se inició hace aproximadamente 600,000 años a.n.e. y que terminó en Europa 10,000 años a.n.e., mientras que en el continente americano se prolongó por unos milenios más, esto es, hasta el final de la glaciación de Wisconsin, o sea 7,000 años a.n.e). Todo lo cual dio como resultado que esos primeros hombres que arribaron al continente americano, lo hicieron como cazadores especializados de la gran fauna: ciervo gigante, oso de las cavernas, mamut, toro almizclado, cabra montés, gamuza, reno, rinoceronte lanudo, bisonte (taylor) y carnero almizcleño, entre otros (Comas, 1971:37-61).

Cambios climáticos y nuevas historias

Los cambios climáticos y de flora y fauna que se sucedieron en ese largo periodo y aun los que continuarían después del 7,000 a.n.e. no hicieron que los cazadores pecieran. Los grupos de cazadores y recolectores que fueron internándose en el continente americano redimensionaron su actividad cuando dejaron de existir la flora y la fauna propias del clima glacial o interglacial. Pero esos grupos no se adaptaron pasivamente a los cambios naturales, sino que readaptaron activamente sus conocimientos y prácticas ante las nuevas circunstancias, creando así nuevas Historias. Historias que no cargaban el pasado como algo lastimero, como un fardo que los agobiaba ante las nuevas condiciones climáticas, sino como una actividad creadora que les mostraba que nada era igual, que el cambio y la redimensionalización de su actividad era cotidiana.

Lo anterior también debió ser el caso de los primeros pobladores que llegaron al territorio de la California. Hay quienes afirman que 10 000 años a.n.e. había ya hombres que recorrían la zona tras la fauna existente en el último glacial americano, llamado Wisconsin: mamut,

⁵ Un ejemplo curioso en cuanto a una nueva hipótesis lo encontramos en el libro de Castillo y Bustamante (1989:24). No discutiremos aquí la propuesta solamente la citamos para que se vea el nivel que se puede comenzar a suscitar con nuevas hipótesis. "La evidencia científica indica que los primeros indígenas norteamericanos habitaban el sur de California y la cuenca de Los Ángeles por lo menos 50 mil años a.C., y posiblemente, antes de la aparición del hombre moderno en el hemisferio oriental, incluyendo a Europa occidental."

bisonte (*taylori*) o carnero almizcleño, entre otros. Ahora bien, considerando el intervalo de la glaciación de Wisconsin⁶ (10,000 a 7,000 a.n.e), el que los primeros pobladores hayan sido efectivamente cazadores especializados en la gran fauna no altera en nada el hecho de que, después de la glaciación, supieran modificar esa primera actividad al ocurrir los radicales cambios en las condiciones climáticas.

Así pues, en vez de doblegarse ante los cambios climáticos y sus secuelas, las sociedades humanas que poblaron la California fueron creando estrategias definidas y específicas para enfrentar los distintos nichos ecológicos que resultaron de aquellas transmutaciones. Estos abarcaban desde el desierto hasta las sierras boscosas, pasando por los valles irrigados y las costas semidesérticas que daban al mar Pacífico, creando así, mediante su esfuerzo vital, sus propias Historias. Los resultados, a juzgar por lo que se conoce, fueron muy diversos. Los vestigios más antiguos son los campamentos de cazadores de gran fauna. Luego, los de los concheros, que se extienden a todo lo largo de la costa californiana y cuya antigüedad puede datarse quizá en poco menos de 10,000 años y prolongarse hasta años cercanos a la llegada de los españoles. Por otra parte, fechados como muy posteriores a los primeros vestigios, tenemos la presencia de recolectores y cazadores especializados en la flora y la fauna correspondientes a los distintos nichos ecológicos. Todo lo anterior nos revela un mosaico cultural complejo, cuya explicación constituye un reto para la inteligencia de nuestros días.

Nómadas, precisión de un término

Ahora bien, dicho lo anterior es necesario hacer una precisión en cuanto al término nómada. Por lo común se piensa que este concepto designa a grupos humanos que van de un lugar a otro siguiendo a las piezas de caza, sin siquiera tener un arraigo temporal, lo que los convertiría —según ese referente— en vagabundos permanentes, en saqueadores de la naturaleza, esto es, en un animal más entre los otros. Sin embargo, cuando se leen con cuidado las crónicas, las cartas y los diarios de los conquistadores, es posible percatarse de que ningún grupo étnico de la California —como en ningún otro supuesto estadio tradicionalmente llamado prehistórico— se actuó de tal manera. Grupos pequeños, familias extensas, clanes, etc., se apropiaban de territorios específicos y donde, la apropiación territorial

⁶ Véase el artículo de Mary Julita Bendímez, "Algunas consideraciones sobre la arqueología de Baja California" (1985), en donde hace un balance arqueológico y agrega la bibliografía pertinente para continuar en la profundización del tema.

significa todo un complejo de actividades que rebasaban con mucho lo descrito —en este caso— por los misioneros.

Por ejemplo, Clavijero y otros jesuitas no entendieron o no quisieron entender la apropiación territorial que se daba entre las comunidades. Sin embargo, de algunos de sus comentarios podemos deducir lo anterior. Así pues, Clavijero señala:

Quando los californios eran aún gentiles tenían frecuentes guerras, ya entre dos naciones diversas, ya entre dos o más tribus de una misma nación. El motivo solía ser alguna injuria hecha a un particular, o algún perjuicio causado a una tribu por haber ido otra a pescar, cazar o recoger fruta en los lugares frecuentados por la primera [...] Al cristianismo deben, entre otros beneficios, el de la paz, y el de la caridad, que los ha unido en Jesucristo, haciendo desaparecer del todo sus antiguas discordias (1970:59).
(Subrayado nuestro).

Si la apreciación antes transcrita la ubicamos en el contexto ideológico con el que quería Clavijero que se quedase el lector, podremos reconocer entonces, el hecho histórico de que los distintos grupos de naturales que poblaban el extenso territorio californiano —léase familias, grupos o clanes— se habían apropiado de territorios específicos por medio de prácticas constantes y a través de acuerdos seculares. Donde la transgresión violentaba las relaciones entre las comunidades, de tal suerte que, lo de “frecuentes guerras” debe unirse al contexto ideologizante: de que “al cristianismo debían las paz”. Esta operación nos revela, como decíamos, que tras la exagerada belicosidad de los nativos así como el benéfico papel desempeñado por los misioneros, se intentaba ocultar el hecho mismo de las posesiones territoriales que tenían los distintos grupos de naturales.

Más claro resulta lo escrito por Eusebio Francisco Kino, que decía, “vivían en Rancherías de veinte, de treinta y de cuarenta y cincuenta familias poco más o menos” (1989: 210). Vivir en ranchería quiere decir que se estacionaban temporalmente en un “sitio” de su territorio, de donde partían para recolectar los frutos de la temporada, así como los animales que habían de cazar o pescar. La estancia en un determinado sitio duraba lo necesario para recolectar la flora y la fauna del lugar elegido. Terminada la temporada se mudaban a otro sitio donde encontrarían los elementos necesarios para seguir produciendo su vida. No obstante, ese nuevo sitio no podía quedar fuera de los intrincados límites que habían fijado las comunidades.

En épocas malas la presencia de otras tribus o familias en territorios de que se habían apropiado ponía en juego la subsistencia del grupo poseedor;

de ahí que regularan la posesión territorial. Si había exceso de recursos, el compartirlos era un acto normal ya que no ponía en riesgo a nadie y sí extendía los lazos de solidaridad entre los distintos grupos. Ello era a fin de cuentas lo esencial para mantener el equilibrio entre todos ellos.

La territorialidad de cada grupo, familia o clan no era tan restringida o inflexible que nunca pudiese penetrar otros grupos, familias o clanes. Los mismos misioneros describen cómo en determinadas ocasiones se invitaba a otras tribus. De nuevo Clavijero nos señala que "en determinadas fiestas solían convidar a otras tribus [donde se] desafiaban a la lucha y a la carrera" (1970:60), que eran parte del ceremonial o fiesta.

Así pues, el respeto a la territorialidad de cada grupo se protegía mediante actos de defensa, pero no es posible atribuirle a la guerra el sustento de ninguna de estas sociedades, como parece sugerir Clavijero. Si la guerra hubiese sido una constante antes de la llegada de los españoles, lo que éstos hubiesen encontrado no sería ese mosaico cultural que vieron y describieron, sino un limitado número de grupos sujetos a determinadas comunidades mayores, con idénticos o muy similares usos, costumbres y lenguas. Por otra parte, es sabido que la guerra no sólo impone condiciones de sometimiento, sino que también destruye. Así que un estado permanente de guerra entre las distintas comunidades de naturales, hubiese presentado un territorio casi deshabitado o con poblaciones muy concentradas, hecho que desmentiría lo propiamente narrado por los misioneros.⁷ Así pues, la guerra no pudo ser el elemento catalizador para que las distintas comunidades respetasen los territorios de caza, recolección, pesca y agricultura de los otros. El capitán Anza, por ejemplo, nota que entre los habitantes del área del río Colorado había paz gracias a que "han emparentado como ellos dicen por medio de muchos casamientos, que se han hecho mutuamente" (1989:80). Así pues, el emparentamiento entre los distintos grupos desempeñó un papel importante. El mismo Clavijero reconocía que "no se han hurtado unos a otros aquello poco que poseen; no riñen ni tienen contiendas entre sí los parientes, ni los que son de una misma tribu; todo su odio y furor es contra las otras naciones o tribus con quienes tienen enemistad" (1970:52).

Por todo lo antes dicho se entenderá que ser nómada no implicaba andar vagando sin ningún sentido, sólo siguiendo a los pies de caza. Ser nómada

⁷ Cfr. Sherburne F. Cook y Woodrow Borah (1980) quienes en su obra *Ensayos sobre historia de la población: México y California* hicieron un recuento de la población que debió haber a la llegada de los españoles a la California continental, en su porción costera, y los resultados catastróficos que esto trajo. Para el caso de la península no conocemos un estudio similar.

quiere decir entonces, ser parte de una comunidad y, con ella, apropiarse de la naturaleza escogida y pactada con otras comunidades para obtener los medios de vida suficientes para continuar activamente con la creación y recreación de su vida material y espiritual

CARACTERÍSTICAS DE LOS NATIVOS

Sería imposible referir en este documento todos los grupos que habitaban y dominaban el vasto territorio californiano. Por ahora trataremos, en el contexto de varios temas escogidos y en forma general, casi a modo de ejemplo, a los peninsulares cuya vida nómada descansaba en la práctica de la cacería, la recolección y la pesca.

Aspecto físico

Es necesario comenzar esta exposición con la descripción física de quienes fueron capaces de construir sus propias historias, o alternativas de vida, ante una naturaleza poco dadivosa, pero no pobre ni tacaña, sino simplemente exigente; y que como en cualquier otra parte del mundo sabía reeditar a sus moradores el alimento, a condición de que la conocieran y explotaran adecuadamente. En cuanto a su aspecto físico, decía el jesuita Francisco Xavier Clavijero:

Los californios son sanos, robustos y de buena estatura [...] En el rostro, cabello, barba y color son semejantes a los pueblos de México. Tienen como ellos el cabello grueso, lacio y negro, la barba escasa, y ningún vello en los brazos, muslos y piernas; la frente estrecha, la nariz un poco gruesa, los dientes blancos, iguales y fuertes; la boca, ojos y orejas regulares [...] El color de los que habitan en los lugares mediterráneos es castaño claro; pero los que viven continuamente en los litorales lo tienen más oscuro. Entre ellos son tan raros los deformes como entre los mexicanos (1970:52).

Por su parte, el también jesuita Miguel del Barco no discreparía mucho de la visión que tenía Clavijero al señalar que

los californios de todas las naciones hasta ahora reconocidas, son bien formados y de talla medianamente corpulenta y bien hecha. El rostro no es despreciable [...] El color de los playanos es por lo común más tostado y oscuro, que el de los otros californios que viven en las sierras, retirados del mar; porque estos últimos son en su color como los indios de la Nueva España. También son, por lo general, robustos, de buenas fuerzas y de sana complexión (1988:177).

Conocimiento del entorno

Ese territorio del que se apropiaba cada uno de los grupos era recorrido bajo una estrategia bien definida, que se sustentaba en un conocimiento milenario y reactualizado de las plantas y los animales, comestibles o no, de cada nicho ecológico. Lo antes dicho tiende muchas veces a ser minimizado, pues se piensa que los naturales comían cualquier cosa, como animales. Sin embargo, esta afirmación está muy lejos de la conducta real de los naturales. Clavijero, quien vertió un juicio muy similar al antes señalado, reconocía que los naturales “comían..., muchas cosas que para nosotros [se refiere a los españoles] no son comestibles, como raíces y frutas muy amargas o insípidas, gusanos, arañas,...” (1970:54). La anterior expresión, a pesar del prejuicio que esconde, termina reconociendo que no comían cualquier cosa. Comían precisamente lo comestible; y el saber por qué determinadas plantas, animales o peces podían consumirse y otros no, no era un acto del azar, sino resultado de un profundo conocimiento acumulado durante generaciones y que se sustentaba en la observación y experimentación del medio que los circundaba. No puede precisarse el tiempo que les tomó a las distintas comunidades el darse su dieta tal como la conocieron los españoles. Sin embargo, un simple vistazo nos habla de un largo proceso de conocimiento acerca de la flora y la fauna. Y ese conocimiento les permitió hacer sus viajes en direcciones prefijadas, para encontrar los elementos naturales que bajo su conocimiento, inteligencia y habilidades serían convertidos y transformados en alimentos.

Flora y fauna aprovechables

Si la estacionalidad y variabilidad de la naturaleza eran, entre otras, condiciones de la vida humana, no eran sin embargo elementos determinantes. Este lo constituía el trabajo mismo de los hombres. La actividad del trabajo era mucho más rica de como fue descrito por cualquier misionero o diarista. Falta por hacer un trabajo meticuloso al respecto, pero por el momento señalemos que, si se toma la información de Del Barco y Clavijero, es posible detectar más de 30 productos naturales que eran convertidos en alimento. Así pues, esta lista es amplia. Su enumeración es pertinente ya que es poco conocida: los frutos del pitahayo dulce y agrídulce, del cardón, nopal, tuna, biznaga, garambuyo, anaba, medesa, asigandu, pimientilla, tedda, tedegua, de la palma roja, de las acacias (agrias), guigil, una especie de ciruelo y su consecuente almendra, partes del nopal, salvia, juncos, estoques, además de bellotas, piñones, cereza

silvestre, cañaveras (o cudesas, en lengua cochimie), mezcal y otras más de las que no pudieron dar el nombre los misioneros.

A estos frutos hay que agregarle por una parte todas las raíces comestibles como el guatamoté o yuca dulce (llamada ufui por los cochimíes), mezquitillo, jicama y yuca; y luego los animales que cazaban, como tórtolas, codornices, liebres, gamuzas, tajes, ciervos, venados, etc., un reptil: la tortuga, y entre los peces: bagre, róbalo, mojarra, liza, mero, arenque, sardina, lenguado, almeja, cangrejo, ostión y langosta. Por último hay que mencionar los insectos, tales como langosta, gusanillo crinado en los panales de las abejas rubias y algunos gusanos largos y de color pardusco "tan largos y gruesos como el dedo meñique" (Clavijero, 1970:17-48).

Calendarios

La estacionalidad y variabilidad de la naturaleza, que afectaba los frutos y animales, fueron fenómenos que las comunidades conocieron y dominaron. Sus conocimientos los guardaban en lo que podríamos llamar calendarios. Hasta ahora no sabemos si eran conservados en representaciones gráficas o solamente a través de una larga tradición oral. El padre Del Barco, por ejemplo, reconoció que entre los cochimíes había la costumbre de dividir el año en seis partes:

La primera la llaman *meyibó*, que es la del tiempo de pitahayas, y por la abundancia de esta regalada fruta, es para ellos el tiempo más alegre y apreciable, y dura parte de junio, todo julio y parte de agosto. La segunda, que llaman *amadá-appf*, comprende todo septiembre y parte de agosto y de octubre, que es cuando la tierra, habiendo llovido, se viste de verde, y es el tiempo de tunas y de pitahayas agridulces; y por esto es también para los californios tiempo muy estimable y no menos por otras semillas, que en este tiempo recogen. Síguese la tercera temporada, que llaman *amadá-appf-gal-lá*, cuando ya la yerba (que nació en la estación antecedente), va blanqueando y secándose, después de sazónada; y es nuestro noviembre y parte de octubre y de diciembre. La siguiente estación, que es la cuarta, y se llama *meyihél*, comprende la mayor parte de diciembre, todo enero y parte de febrero, que es el tiempo del mayor frío. La quinta es todo marzo y algo antes y después, y la llaman *meyijbén*. La sexta, finalmente, contiene parte de abril, todo mayo y parte de junio, y se llama *meyijbén-maayl*. La palabra *maayl* significa cosa mala, y a esta temporada parece que la llaman mala porque es el tiempo de la mayor hambre, en que, por haberse acabado el mezcal de sazón (que o lo han comido, o por haber ya espigado y florecido, se va secando), y por haber faltado otras

comidas suyas, apenas hallan en el campo con qué sustentar la vida. Por esto la estación siguiente que, por la abundancia y bondad de las pitahayas dulces, es por sí misma muy apreciable, la aumenta su estimación el salir de la miseria precedente (1988:180).

Caza, pesca y recolección

Por otra parte, no estaría mal detenernos ahora en la descripción de algunos aspectos de la caza, de la pesca y de la recolección, que también ofrecen Del Barco y Clavijero, para tener así una visión mucho más completa de esas actividades. En principio, habría que señalar que no era extraño que, al ir de caza los nativos, éstos estuviesen provistos de los repuestos más indispensables para sus arcos. Nos estamos refiriendo a las cuerdas o bordones que obtenían de las tripas de venado. Dice Del Barco:

[Al no tener dónde guardarlos] y por ir desembarazados y libres, se agujereaban las orejas y de ellas colgaban como arracadas un canuto de carrizo, en que los metían. También solían llevar el [...] palillo con que sacan lumbre, lo cual consiguen con gran presteza poniéndole de punta o por el un extremo sobre otro palo más grueso y bien seco y, frotándolo entre las manos, batiéndolo, como quien bate chocolate, presto se enciende el fuego con la colisión de los dos palos (1988:190).

Refiriéndonos estrictamente a la caza, señala Del Barco:

En algunas partes cazan las liebres matándolas con flechas. En otras, usan para esto de redes, haciendo con ellas un medio redil: espantaban las liebres de las cercanías, las cuales subiendo van a tropezar con las redes, en las cuales se embarazan, se enredan y las cogen. En algunos parajes del norte las cazan tirándoles cierto palito, que tienen para este fin, el cual va arrastrando por la tierra y llega con ímpetu a la liebre, que huye, la que iba a los pies, y entonces la cogen. En la caza de venados observan el modo común de otras naciones; unos van a aventar y espantar los venados para que huyan hacia donde están los otros aguardando el lance para flecharlos. Mas lo que se sigue es particular de los californios. Cuando matan a un venado, se juntan todos los compañeros que fueron a la caza, y mientras unos desuellan y abren la caza, otros hacen lumbre. Sacan los intestinos, vacían la panza con lo demás de aquella inmundicia que contiene, sacudiéndola un poco, y sin más lavatorio (pues no suele haber agua en tales parajes), echan al fuego todo esto para comer prontamente: y

estando medio asado, o mejor diré, poco más que chamuscado, lo comen con gran gusto sin más sal ni más salsa que la grande hambre que tienen [...] Luego reparten entre los presentes la carne (la piel es del que mató al venado), y con esto se vuelven a sus pueblos y rancherías (1988: 205-206).

Clavijero, por su parte, con respecto a la misma caza del venado, señala que usaban de

una estratagema curiosa. Toma un indio una cabeza de ciervo conservada con este fin, y poniéndosela sobre la suya, se esconde tras de los matorrales, de modo que no se le vea más que la cabeza postiza, la cual mueve de manera que parezca viva. Los ciervos engañados al verla se acercan, y son fácilmente matados por otros cazadores que los acechan (1970:58).

Y de la pesca, escribió que había dos maneras de realizarla:

O con redes en los remansos de la marea, o con horquillas en alta mar. Para pescar de este segundo modo, no usan de otra embarcación que de una simple balsa compuesta de tres, cinco o siete leños clavados con estacas y bien atados, de los cuales el de en medio, que sobresale más por ser largo, sirve de proa. La madera de que se hacen estas balsas por ser más ligera, es la del corcho de que hemos hablado. En cada una de ellas se colocan según su tamaño dos o tres hombres y se alejan cuatro o cinco millas de la costa, sin temor a las elevadas olas del mar Pacífico, las cuales parecen que a veces se suben hasta las nubes y a veces los sepultan en el fondo del mar (1970:58-59).

Del Barco es más explícito al referir la forma en que se pescaba en algunos esteros. Escribió que en el estero de la Magdalena

pescan ya con redes, y ya con atajar alguna parte del estero con palos y ramos cuando ha subido la marea; para que, al bajar ésta, se halle el pescado en poca agua. Y quedan en tanta abundancia, que fácilmente cogen mucho. Como esta costa es muy brava es natural que los peces se retiren a los esteros y otros parajes algo abrigados de los violentos golpes de las olas, y que tanto más abundan allí cuanto escasean en la costa sin abrigo (1988:127-128).

Por otra parte, puede resultar curioso y atractivo describir la forma en que pescaban tortugas. Es un buen ejemplo de la pesca en alta mar, según la realizaban los nativos en la "contra costa" del mar Pacífico. Del Barco dice:

En el Golfo [de California] las hay de dos especies. Una es de las comunes, y otra de aquéllas cuya concha es *carey*. Las primeras son grandes [caguamas], de suerte que su concha superior es en muchas de ellas de tres palmos o más de longitud, y poco menos de ancho. Los indios playanos las cogen saliendo al mar en unas canoas o balsas. Cuando ven cerca una tortuga, se echan al agua y procuran voltearla; lo cual conseguido, es suya la tortuga porque así no puede ya huir (1988: 135).

Esta forma de pesca se continúa practicando en muchas partes de la costa del Pacífico y, probablemente, en muchas otras partes del mundo. La captura de la tortuga en alta mar implica un serio peligro: al meter las manos entre el caparazón por los extremos del cuello y la cola, el animal puede reaccionar y oprimir las manos del pescador dirigiéndose al fondo del mar. De ahí la necesaria habilidad del pescador.

Para la recolección de frutos y semillas no tenemos la suficiente información pormenorizada. Por lo visto en la sección del calendario, podemos saber en qué temporadas recolectaban determinadas plantas. La recolección de semillas debió hacerse en grupos familiares dentro de las áreas territoriales. Allí se obtenían las flores o las semillas utilizando el herramental pertinente, como veremos más adelante. Ahora bien, no hay que suponer que la recolección de plantas y semillas fuese fácil y que su ejecución no requiriese de un cúmulo de conocimientos y prácticas específicos en cada caso. Del Barco relata con algún detalle lo que implicaba la recolección del mezcal. Esta planta era recolectada exclusivamente por mujeres. Dice Del Barco:

Salen por la mañana de su ranchería o pueblo, tres o cuatro o más mujeres prevenidas cada una con una red a la espalda, sobre la cual se mantienen por medio de unos cordeles gruesos, que pasan por la frente de la mujer. En esta red cargan los mezcales y cuanto se les ofrece cargar en todo el año [...] A esta red de las mujeres llaman los cochimíes *uañil* [...] Demás del *uañil*, lleva cada una un cuchillo belduque [uno grande de hoja puntiaguda]. Y a falta de machete [...], para cortar el tronco de mezcal, tienen una pequeña tabla de madera dura, ancha de tres o cuatro dedos, y larga de dos a tres palmos, a modo de un pedazo de hoja de espada ancha, pero sin punta aguda y, en lugar de ella, adelgazan por aquella parte la tablita, para que por allí corte el mezcal.

Llegando al paraje donde van, se dividen unas de otras, para buscar cada una sus mezcales. Hallando uno en sazón, toman en la mano la tablita y, por la extremidad delgada, la aplican al tronco de esta planta, la cual, cuando ha llegado a sazonar, ya ha perdido las hojas

en la parte más cercana a la tierra, y por allí queda más delgado el tronco; pero duro, y casi hecho madera, de suerte que no es comible. La parte más alta, que conserva las hojas, es más gruesa, jugosa y tierna: a ésta llaman la cabeza del mezcal, y es la que se come. Aplican, pues, la tablita al tronco, hacia donde comienzan las hojas, y por el extremo contrario la golpean fuertemente con una piedra y, a modo de escoplo, va cortando poco a poco el tronco. Después, con el belduque cortan las hojas para la parte cercana a la cabeza, dejando pegada a esta una pequeña parte de las hojas, esto es, cerca de dos dedos, las cuales por aquella parte son gruesas como dedo y medio (y por ser tan gruesas más frecuentemente se llaman pencas, que hojas). Cortado así el mezcal, queda esta cabeza en el tamaño como la de un hombre. Luego buscan más: y vuelven a la tarde cada mujer con ocho o nueve mezcales, cargados en el *uañil*, ¡que es buena carga! Caminando a veces con ella, una o dos leguas, añadiendo sobre esto alguna leña para asarlos (1988: 122-123).

No podemos concluir este apartado sin dejar de mencionar varios ejemplos de plantas y animales que no podían comerse en su totalidad, ya que determinadas partes o en su totalidad podían ser dañinos o incluso mortales para quien los consumía. Así, Clavijero escribió:

En la parte austral hay una planta sarmentosa cuyo nombre ignoramos, que tiene las ramas tiernas y fibrosas, y de un sabor acre y fuerte. Los indios las cortan en pedazos de dos o tres palmos, las ponen a cocer dentro de las cenizas calientes cubriéndolas con tierra para quitarles la acrimonia, y después la comen (1970:31).

Otro ejemplo:

Otro arbusto cuyo fruto es redondo, del tamaño de un garbanzo, y negro cuando está maduro. Los indios se abstienen de comerlo porque saben bien que es muy nocivo [...] El efecto que les causa es el de tullirse después de pocos días, y de aquí les sobrevienen otros accidentes que al fin les quitan la vida [...] Sin embargo, los pericúes comen el fruto sin que les haga daño, quitándole primero la semilla, en la cual, según ellos dicen, consiste todo el mal (1970: 31-32).

Por su parte, Del Barco dice:

El botete es un pequeño pez de un palmo, o poco más de largo, y algo más grueso de lo corriente. Sus hígados contienen un

veneno de los más activos; porque basta media hora para que, quien los come, muera entre dolores y convulsiones muy violentas [...] Parece, según se cuenta, que los indios comían el botete y que sólo les quitaban los hígados, por saber que allí está el veneno (1988:132-133).

Nótese, según lo antes dicho, que tanto en la caza y en la pesca como en la recolección no se trabajaba de manera individual, sino con el concurso de varios individuos que se ponían de acuerdo, en cuanto a quién realizaba determinada parte de la estrategia y quién otra. Esta cooperación entre los miembros de la comunidad debía asegurarles el sustento diario con el menor desgaste posible.

Así pues, tenemos no sólo el conocimiento y aprovechamiento de la naturaleza, sino también su transformación en alimentos y medicinas. Para que ello fuese posible se requería, además de la producción de un heramental específico y enseres aptos para dichos menesteres, la cooperación de los miembros comunitarios.

Instrumentos: recolección, caza y pesca

La recolección no se hacía con las manos. Muchos frutos se encontraban ocultos algunas veces tras grandes y puntiagudas espinas, que tenían que ser evitadas. Esto sólo se podía lograr no con cualquier palo, sino, como explicaba Clavijero, con "una vara o cana, en cuya extremidad atan fuertemente un hueso delgado y dispuesto en forma de gancho para desprender el fruto de la planta, y una red para cogerla sin que caiga en el suelo" (1970:19). Y éste no era el único instrumento. Clavijero, tras haber estudiado los manuscritos y libros de sus hermanos de orden, describió con cierto detalle los utensilios; por lo que preferimos transcribir en extenso sus propias palabras. Refiriéndose a la recolección dice:

Una batea, una escudilla, un palito para encender lumbre, según el uso de los restantes americanos y de los antiguos pastores de Europa, un hueso agudo que servía de alevna, y dos redes, una en que las mujeres llevaban a cuestas a sus hijos, como después diremos, y otra en que los hombres⁸ recogían en los bosques el mezcali, las pitahayas y otras frutas (1970:57).

La batea es redonda, algo profunda y varía en su tamaño, aunque por lo común tienen pie y medio de diámetro. Está hecha con las

⁸ Nótese la diferencia con lo que dijo el padre Del Barco, en cuanto a que la recolección del mezcal era una actividad exclusiva de las mujeres.

varas de cierta planta flexible como el mimbre, aplanadas, cortadas a lo largo, unidas en forma espiral comenzando por el centro y atadas fuertemente entre sí con tiras de la misma materia, con lo cual quedan tan estrechamente unidas que contienen agua sin dejar salir una gota. Los pericúes hacen sus bateas ovaladas y compuestas de duelas semejantes a las de los barriles, formadas de la corteza de cierta palma pequeña, de cuatro a cinco dedos de anchas y de unas diez y ocho pulgadas de largo, y atadas entre sí con varitas flexibles como las de los cochimfés [...] Los indios que habitan en las márgenes del río Colorado hacen estas bandejas como las de los cochimfés, pero mucho más grandes, y se sirven de ellas para transportar sus cosas de una a otra parte del río, nadando y empujando con la mano las bandejas, las cuales en aquel país tienen el nombre de *corita*.

La escudilla de los californios, llamada por los cochimfés *addá*, es de la misma materia que la de las bateas y tan firme y densa como ellas, aunque más pequeña y semejante en su forma a la copa de un sombrero. Les sirve de plato para comer, de vaso para beber, y a las mujeres de sombrero, y por eso cuando vieron los sombreros de los españoles, les dieron el nombre de *addá* (1970:57).

En cuanto a la pesca, ambos autores ofrecen apenas algo más de lo ya mencionado cuando tratamos la pesca en altamar o en esteros. Clavijero añade: “Las redes de los californios, tanto las de pesca como las de transporte, son de hilo sacado de las pencas del mezcali” (1970:58).

En cuanto a los instrumentos de caza tenemos las siguientes descripciones:

[El] arco es sencillo que no es de medio punto o semicírculo sino un arco rebajado a modo de la figura que tienen los arcos de coros de las iglesias, y acaso más rebajados que éstos. Para formarlo toman un varejón de madera sólida, le tuestan al fuego, para enderezarle bien y dar más consistencia a la madera. Después le limpian y, dejándole hacia el medio del grueso que pudieran tener tres dedos juntos o algo más, los van adelgazando poco a poco hacia el extremo, igualmente de uno y otro lado, de suerte que las puntas quedan del grueso de un dedo o menos. A una de ellas atan fuertemente la cuerda, hecha de nervios o de tripas de venado, y gruesa como tres bordones de arpa juntos y, calentando otra vez el palo, le doblagan un poco y toma la figura de arco que debe tener: entonces afianzan, con la cuerda bien tirante, la otra punta, dejando con esto formado su arco. El cual usan algunas naciones más grandes que otras: los menores son de seis palmos o de siete de alto, de punta a punta en diámetro, y lo mayores de ocho o nueve palmos (Del Barco, 1988:194)

Las flechas son como de una vara de largo. Una tercia parte, hacia la punta, es un palo delgado de madera dura y de poco peso; las dos tercias son de caña o carrizo, delgado como el dedo auricular, o el menor de la mano. En este último canuto del carrizo hacen entrar ajustadamente el palo, después de pulirle, ya para más firmeza pegan estos dos materiales con brea, y sobre todo con nervios delgados y aplastados, dan muchas y apretadas vueltas en la parte donde acaba el carrizo y comienza el palo, con lo cual cubren la desigualdad de la juntura. A esta le dan fortaleza y facilitan el que, cuando en un cuerpo a que disparan la flecha ha entrado todo el palo, pueda también sin dificultad enterrar el carrizo. En la punta adelgazan un poco el palo, pero no le dejan muy agudo, o porque no se rompa presto, o porque no lo necesita para entrar en el cuerpo a que le disparan; pues aun así traspasa una tabla medianamente gruesa. Demás de esto para que la flecha pueda volar lejos y derecha al blanco, la ponen sobre el carrizo, en el extremo opuesto a la punta, tres plumas, o diré mejor, tres medias plumas de gavián que son las mejores para esto. Dividen estas plumas a lo largo, y ponen tres mitades alrededor del carrizo a igual distancia unas de otras en forma de triángulo, teniendo cada una cosa de cinco dedos de largo: las cuales pegan con brea y nervios contra el mismo carrizo. Estas son las flechas comunes y ordinarias que sirven a los indios para toda caza y también para entretenerse tirando al blanco. Mas para la guerra, o para cazar venados u otros animales grandes, aunque sirven bien las ya dichas, suelen añadirles un pedernal en la punta en forma de lanceta, para que haga mayor herida y no pueda desprenderse del cuerpo herido. Este pedernal le afianzan en la punta del palo de la flecha con nervios, como lo demás que queda dicho (Del Barco, 1988: 194-195).

Para cazar liebres, a más de los lazos y redes de que usan ordinariamente, se valen los cochimíes de un modo más sencillo y más fácil, sin otro instrumento que un palillo curvo de casi pie y medio de longitud (Clavijero, 1970:58).

A más del arco y la flecha usan para la guerra dardos o lanzas pequeñas, las cuales son bastones aguzados y endurecidos al fuego. Entre los indios que habitan desde los 31° hacia el N. se hallan armas de otra clase para herir de cerca, pero todas de madera. La primera es un mazo formado de una pieza con su mango, semejante en la forma a una veleta; la segunda es a manera de hacha de leñador, también de una pieza con el mango, y la tercera tiene la figura de una pequeña cimitarra (Clavijero, 1970:59).

Por el momento, no hemos podido aclarar si algunas de esas armas de madera, mencionadas por Clavijero, pudieron haber sido fabricadas con madera del árbol llamado *gkokio*, que a cierta edad se pone "casi negra y muy fuerte y dura. De ella solían hacer algunas piezas que parecían de ébano, curiosamente trabajadas y embutidas de concha" (Clavijero 1970: 27).

Por todo lo antes visto, se puede decir ahora que, los conocimientos, experiencias, prácticas para el trabajo y utillaje que poseían los naturales, era bastante rico y complejo. Sin embargo, los misioneros y españoles que estuvieron en este dilatado territorio nunca reconocieron este hecho, a pesar de las propias descripciones particulares que hicieron. En sus comentarios generales siempre hablaron de que todo lo que poseían los naturales era pobre, rústico y miserable (Clavijero, 1970:48-49). Este juicio generalizado era seguramente producto de la incomprensión y de la falta de entendimiento hacia otras culturas ajenas a la occidental. Por ejemplo, no se tenía la voluntad de comprender que detrás de los instrumentos que utilizaban para la caza, pesca o recolección había muy diversos conocimientos, experiencias y prácticas que conducían, en uno y otros casos, a un producto final: arcos, flechas, cervatanas, redes, arpones, instrumentos punzocortantes de madera, piedra, hueso o concha, todos los cuales eran destinados a un fin concreto y previamente establecido. Proceso que, por lo demás, surge en toda producción de instrumentos de trabajo, tanto en el presente como en el pasado más remoto.

Así pues, muchas veces se olvida que detrás de los instrumentos, además de los conocimientos y las prácticas no descritos del todo en los textos de referencia, había también otras herramientas que servían para producir aquellos instrumentos. Por desgracia, los misioneros no se ocuparon de éstos. Su conocimiento actual se debe en buena parte a las exhumaciones que han hecho los arqueólogos, aunque también podemos inferir su presencia al analizar los textos en las partes correspondientes al instrumental. Así, podemos inferir que tenían raspadores de piedra, hueso o concha con los cuales trabajaban la madera para dar forma a los arcos, flechas, bateas y otros instrumentos; los pedernales o huesos con costados y punta cortantes, útiles para destazar a los animales; las agujas o espinas del mezcal, que servían para tejer redes; fibras del mezcal o de corteza de árbol o palma, con las que fabricaban redes; buriles de piedra y hueso, que servían para perforar madera, piedra, hueso, concha y semillas o perlas, cuya utilización era muy variada; las hachas de piedra, útiles para cortar madera o incluso para horadarla; nudos y amarres que se empleaban en arcos, flechas, redes, juntas de troncos en embarcaciones o enramadas; breas, que daban cierta consistencia a las fibras, etc. En fin, todo un instrumental que por desgracia no mencionaron ni mucho menos describieron los

misioneros, si bien la arqueología y las inferencias, que también nos permiten hacer los textos, pueden y deben rescatar.

Todo lo anterior implicó un largo proceso de conocimiento y de aprendizaje, que debía ser combinado con gran destreza, consecuencia de una práctica sistemática y orientada a satisfacer, de la mejor manera, las necesidades vitales.

Esa práctica sistemática debió llegar a tal grado que les permitía a los californios desprenderse con cierta facilidad de esos primeros productos de su trabajo —flechas, dardos, herramental, etc.— ya que precisamente sus conocimientos y su destreza les permitía renovarlos constantemente, sin tener la preocupación de haberlos consumido en el momento mismo de la caza, la pesca o la recolección. En fin, la pérdida en tales circunstancias era compensada con la destreza y el conocimiento. Así que por lo visto no sólo conocían la naturaleza que los circundaba, sino también, lo que es más importante, la dominaron mediante una tradición milenaria que día con día se actualizaba, dado el cúmulo de experiencias adquiridas que les permitía decantar y redimensionar su actividad cotidiana.

Procesos de transformación de flora y fauna: harinas y guisos

Sin duda, las listas antes presentadas de los productos comestibles podrá ser ampliada al revisar todas las fuentes; y todavía se puede hacer más, al precisar los grupos específicos que se alimentaban de unos u otros frutos o animales, en determinadas estaciones del año. Dejemos esto para otra ocasión y pasemos ahora a señalar que esos productos naturales no los comían los aborígenes en la forma en que los encontraban, sino que casi todos los procesaban para convertirlos en alimento. Los procedimientos, las más de las veces, consistían en dorar al fuego tanto los granos como los insectos para después convertirlos en harinas. Clavijero y Del Barco señalan que casi todas las semillas eran reducidas a harinas. Por ejemplo, citan el caso del fruto del cardón, que es como

una pera y la corteza amarilla, y dentro contiene un humor viscoso de color rojo muy vivo, y ciertos granillos esféricos, negros, brillantes y del tamaño de los del culantro. Estos granillos son toda la utilidad que los californios sacan de estas plantas tan grandes. Para comerlos les quitan al sol y al fuego aquella viscosidad, y después los tuestan para preservarlos de la corrupción y poderlos conservar (Del Barco, 1988:20).

El procedimiento que utilizaban para tostarlos y convertirlos en harina nos muestra un buen número de conocimientos aplicados, así como una técnica específica. Dice Del Barco:

Echan en la batea tres o cuatro puñados de semillas; sobre ella ponen brasas y lo mueven todo continuamente, para que toda la semilla participe del fuego sin quemarse ella ni la batea. Cuando conoce que ya tiene su punto lo tostado, quita el fuego o los carbones (que ya entonces lo son), con sus manos. Limpian la semilla de todo cuerpo extraño y principalmente de los menudos de carbón que dejaron las brasas apagadas: y apartando la ya tostada, echan más semilla en la batea con nuevas brasas, y así van prosiguiendo hasta acabar [...] [Luego sigue la operación de] molerlas entre dos piedras, y, reducirlas a harina gruesa (1988:203 y 204).

El procedimiento anterior se utilizaba también con las semillas de biznaga, verdolaga, medeza, asigandu, tedda, etc., así como con algunos de los insectos comestibles. Un procedimiento muy similar se seguía con las langostas. Clavijero y Del Barco hablan por ejemplo de los gusanos parduscos. He aquí la referencia del primero:

Para comerlos, los cogen con los dos dedos uno por uno de la cabeza, y desde allí los van exprimiendo con otros dos hasta la otra extremidad, para sacarles las inmundicias del vientre; después los asan y hacen una larga sarta con los que quieren conservar para otro tiempo (1970:35).

Y no hay que quedarse con la idea de que todo era reducido a harinas. También conocían el guiso o cocimiento de algunas plantas como el del nopal y el del mezcal. Por su importancia y trascendencia, ya que eran alimentos generalizados en toda California, los transcribimos literalmente. Del nopal, decía Clavijero: “Los californios comen no solamente la pulpa, sino también la corteza interior del fruto; y tanto allí como en México se comen cocidas y guisadas las pencas más tiernas” (1970:20-21).

La descripción que hicieron Del Barco y Clavijero sobre el cocimiento del mezcal nos da todas las luces para conocer el método que utilizaban. Dice Clavijero:

La planta más apreciada por los indios a causa de su tallo, es el mezcal, planta del género de los áloes, semejante al maguey en el modo de echar el tallo y las flores; pero más pequeña, más espinoza y de un verde más intenso. Cuando se le deja crecer echa, como el maguey, un tallo recto, del grueso del brazo de un hombre y de diez a quince pies de largo [...] El mezcal que ha crecido hasta este punto, no sirve ya más que para multiplicar las plantas de su especie, produciéndolas, o de sus raíces o de su semilla esparcida alrededor; pero los indios no le dejan crecer, sino que luego que las hojas interiores comienzan a separarse del centro, le cortan el

tallo cuando tienen apenas dos pies de altura, y reuniendo varios trozos de este porte, los llevan a su habitación. Hacen después en el suelo un hoyo en el cual encienden lumbre y meten algunas piedras; y cuando la leña se ha consumido y las piedras están inflamadas, ponen entre ellas los trozos de mezcal, los cubren bien con tierra y los dejan allí hasta pasadas veinticuatro, treinta o treinta y seis horas [...] Cocido el mezcal de esta manera, adquiere un sabor dulce y agradable, y era el principal alimento de los californios desde octubre hasta abril, tiempo en que son muy escasas las frutas silvestres con que solían alimentarse (1970: 28-29).

Sacados los mezcales de la *tatema* y dejados enfriar, tiene la mujer comida dispuesta para sí y su familia por tres días, más o menos, según el número de sus personas. Las pencas o pedazos de hojas, que dejaron pegadas a la calabaza, se comen también; aunque mejor diremos que se chupan, porque apenas tienen otra cosa que zumo (ya dulce por el cocimiento), y una hebras gruesas y duras, que no se pueden comer. Y así, exprimiendo bien en la boca el jugo, echan fuera el bagazo, a modo de tacos de escopeta (Del Barco, 1988: 124).

Plantas medicinales

No queremos terminar esta sección sin mencionar que conocían también los efectos medicinales de algunas plantas, tales como el cardón y el batamote. Dice Clavijero que [los]

misioneros hallaron el modo de hacer más útiles los ramos [del cardón], pues de un trozo de cosa de dos palmos, machacado, exprimían el jugo, y haciéndole hervir y espumándole hasta cierto grado de condensación, formaban un bálsamo bueno para las heridas y llagas (1970:20).

La participación de los misioneros en esta clase de conocimientos es evidentemente exagerada, ya que no es creíble que en tan poco tiempo los misioneros, en lugar de los naturales, hayan conocido las cualidades de las plantas que tanto despreciaban. Pero al hablar del batamote no hacen referencia a “lo descubierto” por los misioneros, sino a lo que de suyo poseían los nativos como conocimiento propio acumulado a través de generaciones. Dice Clavijero del batamote:

Es otro arbusto que nace en las orillas de algunos torrentes, y tiene los tallos rectos y de tres o cuatro pies de longitud, y las hojas largas y agudas, pero muy delicadas y de un verde muy fino. Esta

planta es eficaz para restituir el movimiento a los miembros tullidos, bañándolos con el cocimiento de sus tallos, o dando friegas a las coyunturas con los mismos tallos asados, y poniéndoles después un emplasto de ellos (1970:28).

Así pues, había una medicina tradicional que quizá los misioneros redimensionaron al hacerlos bálsamos, pero el descubrimiento y utilización evidentemente había sido de los nativos.

ORGANIZACIÓN SOCIAL

Ya hemos señalado en párrafos anteriores que el hecho de que distintas familias o grupos se posesionaran de determinados territorios obedecía fundamentalmente a una estrategia definida para obtener recursos naturales que, con su intervención, eran convertidos en alimentos. Ahora nos toca exponer en líneas generales la organización social que se dieron para apropiarse de esa naturaleza escasa y raquítica. Aunque Clavijero, Del Barco y los demás misioneros no entendieron el mundo social de los nativos —debido a su visión eurocentrista— hicieron, no obstante, ciertas observaciones que nos son útiles para tratar este aspecto, aunque, a decir verdad, deben ser ampliadas con determinados recursos actuales como la crítica documental que la historiografía, la antropología social, la etnografía y otras ramas del saber han aportado en este siglo. Sin embargo, esto último no lo podemos hacer en este trabajo, por lo cual sólo mencionaremos aquí algunos elementos.

El padre y la familia nuclear

Clavijero, quien resumió el conocimiento de sus hermanos de orden, señaló que la única autoridad reconocida entre los distintos grupos de naturales era la del “padre de su respectiva familia” (1970:60). Esto es, que las comunidades se componían de familias nucleares (ello no quiere decir que sean similares a las familias de la sociedad moderna. Sus conductas y comportamientos sexuales eran del todo distintos a los actuales) que se emparentaban con otras, quizá siguiendo una tradición exógena y de corte patrilocal, como sugieren, muy vagamente, Del Barco y Clavijero al señalar la autoridad del padre de familia y al indicar que, entre algunas tribus, se establecía el “convenio [del matrimonio] después de un gran baile, al que era convidada toda la tribu del que quería casarse” (Clavijero, 1970:61), lo que daba como resultado “que cada tribu, se componía de varias familias consanguíneas” (1970:55). En las rancherías, como las llamaba el padre Kino, no había principales, o, dicho en los términos de Clavijero:

Entre los californios no había alguna superioridad de gobierno o alguna preminencia de nobleza. Ni las naciones ni las tribus estaban sujetas a ningún jefe o superior [...] Entre los californios eran principales aquéllos que por su valor o por su habilidad se daban a temer y a respetar. Estos hacían de generales en la guerra o de conductores en la pesca y en la caza, y a ellos les dejaban los otros el cuidado de señalar día y lugar para tales expediciones. Por lo demás, no reconocían otra superioridad sino la que por naturaleza tiene cada padre en su respectiva familia (1970: 60).

Normatividad y vida comunal

Lo anterior no quiere decir que vivieran en completa anarquía. La familia nuclear y la vida en la comunidad eran en primera y última instancia las que normaban la vida de todos los miembros de la comunidad. Para entender lo anterior es necesario que desaparezca la idea que difundieron los misioneros y los antropólogos del siglo pasado, y que todavía se repite con alguna frecuencia, consistente en que la vida de las comunidades tenía lugar en un ambiente de promiscuidad. Por el contrario, incluso las fuentes mismas indican que cada familia tenía un lugar específico en el terreno donde acampaba temporalmente la comunidad. Allí construían, según expresa Clavijero,

emparrados en forma de cabañas, y otros hacen hoyos o sepulturas de unos dos pies de profundidad; pero las habitacioncillas más comunes son ciertos cercados circulares de piedra suelta con cinco pies de diámetro y menos de dos de altura. Dentro de cada una de ellas duerme a cielo descubierto una familia (1970:55).

Tal es el espacio físico de la familia, en el cual o cerca del cual niños y niñas aprendían las varias labores útiles y necesarias para continuar la vida de la comunidad, como encender el fuego, preparar los alimentos, construir los emparrados, enramadas, hoyos y, quizá también, varias herramientas. Por otra parte, en la vida cotidiana de la comunidad, se aprendían otras tantas habilidades, tanto físicas como espirituales. La transmisión de éstas se hacía, según narra Del Barco, principalmente a través de

bailes, y todos diferentes, y todos en figura, ensaye y enseñanza de algunas cosas esenciales para la guerra, para la pesca, para caminar, enterrar, cargar y cosas semejantes; y se precia el niño de cuatro y de tres años de salir bien del papel de su baile, como si fuera ya mancebo de mucha emulación y juicio (1988:192).

Así, la vida en familia y en comunidad era la que normaba e instruía tanto a los adultos como a los niños, que a la larga serían quienes tendrían a su cargo la reproducción y redimensionalización de las actividades.

Los trabajos de los hombres

La normatividad de la vida en aquellas sociedades, como en cualquier otra, comenzaba por lo que debían realizar sus miembros. A los hombres de aquellas comunidades les correspondía, en principio, fabricar las herramientas necesarias que luego les permitirían producir sus instrumentos de caza, de recolección y de pesca y, más tarde, producir esos instrumentos, para, por último, realizar aquellas actividades. Entre otras, podemos mencionar la de levantar enramadas o cercas de piedra que los resguardaban del frío y el viento durante las noches; en caso de que los elementos necesarios para dichas construcciones no se encontraran en el lugar, cavaban hoyos que les servían para lo mismo. Otra parte de sus actividades, aunque los misioneros no dejaron constancia, debió ser la participación en los actos comunitarios, ya fuese en los bailes o en los ritos, como veremos más adelante. Por último, como menciona Del Barco, a los hombres les correspondía hacer “las bateas y principalmente se aplican a esto los viejos que aún tienen alguna robustez, mas no están ya hábiles para la caza de venados” (1988:190).

Los trabajos de las mujeres

A las mujeres les correspondía recolectar frutos, llevar agua y leña al hogar, preparar los alimentos, fabricar distintas redes, tanto las que usaban ellas mismas como las que llevaban los hombres para recolectar y pescar, recomponer bateas, vestirse, adornarse, cuidar a los recién nacidos, transportar los enseres y también participar en las actividades comunitarias.

De la recolección de frutos y semillas ya hemos tratado en párrafos anteriores, así como de la manera en que preparaban los alimentos. Nos falta describir cómo transportaban el agua, la leña, a los recién nacidos y cómo cuidaban a éstos. El agua, como ya se ha dicho, se transportaba en bateas o escudillas hasta los hogares. Ahora bien, vale la pena detenernos un poco en la manera como cargaban los frutos, la madera o las cosas de cierto peso, y aun a los recién nacidos, ya que para ello aplicaban una determinada técnica, que por cierto refirieron con algún cuidado los misioneros. Dice Del Barco:

[La] red [iba] a la espalda sobre la cual se mantiene por medio de unos cordeles gruesos, que pasan por la frente de la mujer. En esta

red cargan los mezcales y cuanto se les ofrece cargar en todo el año [...] A esta red de las mujeres llaman los Cochimiés *uañí*, y los españoles suelen llamarla aparejo; porque sirve para sostener y llevar la carga y con ella salen las mujeres siempre que van al monte a buscar su comida, o cuando se mudan de ranchería de un paraje a otro, sobre la frente ponen un pedazo de piel de venado, doble, para que no lastimen los cordeles cuando van cargados. Y en tales ocasiones caminan agobiadas, bajando no solo la cabeza sino inclinando también los hombros y espalda, para que sobre ésta descansen algo el peso de la carga y la cabeza pueda resistir, y forcejar mejor contra el mismo peso (1988: 124).

Por otra parte, a los recién nacidos los transportaban de dos maneras. Del Barco, que conocía una de ellas, la describió añadiendo la que había visto el padre Fernando Consag en las márgenes del río Colorado.

Observó [decía Del Barco] que dos mujeres que hallaron en el paraje que llamaron Santa Isabel, poco más de la Visitación, tenían... un modo de cargar a sus hijuelos, y es el siguiente. Toman un varejón, le doblan de suerte que el un extremo venga a juntarse con el mismo palo, no en el otro extremo, sino más adelante: allí afianzan aquella punta doblada contra el palo dejando formado un óvalo. Contra éste tejen una red, mas no tirante sino algo holgada, para poner allí al niño; y para que no pueda rodarse, tejen otra red sobre el óvalo que sirve de tapa y llega al niño hasta los hombros. El otro extremo del palo que queda fuera del óvalo es suficientemente largo para que, puesto sobre el hombro de la madre y sosteniendo por delante y con su mano, quede a la espalda la criatura metida en la red, y de esta suerte caminen. Cuando quieren darle el pecho, hincan en el suelo la punta del dicho palo, quedando la red con el niño pendiente en el aire; y sin sacarle de allí; se arrima la madre y le da el pecho. Mas para que los hilos de la red no le lastimen, ponen sobre ella algunas yerbas secas y suaves (1988:202).

El resto de las mujeres peninsulares tenía otro modo de cargar a sus hijos, y fue el siguiente, descrito por Del Barco:

Metan al niño en una red pequeña, que no se cierra como bolsa, sino que por la parte superior queda abierta; y para que lo esté bastante, y los hilos y nudos de la red no incomoden a la criatura, y esta tenga algún abrigo, ponen en el fondo de la red algunas yerbas secas y sobre todo pieles suaves de conejo, liebre u otras, sobre las cuales descansa el niño [...] De todos los dos lados de esta red salen unos cordeles en forma de asa larga, por la cual

cuelgan la red con el niño de cualquiera parte; y cuando se mudan de un paraje a otro, le llevan a la espalda pendiendo los cordeles de la red de la frente de la madre. Cuando el niño esta algo crecido, no suelen llevarle en la red, sino en los brazos. Y cuando es como de dos años y de tres, los hacen sentar sobre los hombros de su madre como quien se pone a caballo, de suerte que sus pies vienen a caer sobre el pecho de ella: la cual con una mano toman un pie de su hijo y con otra el otro pie para que no caiga. Al mismo tiempo el niño con sus manecitas se asegura cogiendo apretadamente los cabellos [...] Cuando el que va sentado de esta suerte sabe ya tenerse bien, una sola mujer lleva dos hijos, el uno sentado sobre los hombros y el otro, de pocos meses, al pecho o metido en la red a la espalda. Y aun algunas veces llevan tres: los dos como acabo de decir y el otro, como de cuatro años, le llevan de la mano caminando el niño por su pie. Todo esto no impide a la mujer el llevar también a la espalda todo su ajuar (1988:202-203).

Aquí tenemos una imagen un tanto poética que nos revela el cuidado que se tenía para con los hijos pequeños. Si aplicamos nuestra imaginación podremos suponer los riesgos que corrían los niños si se les dejaba caminar desde una edad muy temprana. El llevarlos de la mano quizá implicaba enseñarlos a caminar en el terreno áspero y yermo como es el de la península. Y esto último no es una mera suposición, ya que si recordamos lo dicho por Del Barco, con respecto a los bailes, podemos ver que uno de ellos tenía como función enseñar a caminar a los niños (*Cfr.* 1988:121).

Por otra parte, el cuidado de los niños comenzaba, naturalmente, desde su propio nacimiento. La intemperie y el frío eran elementos de la naturaleza que debían ser contrarrestados. Sabemos que a las niñas, desde que nacían, se les cubría con atuendos muy parecidos a los que usaban sus madres. Fue quizá a los niños a quienes se les embijaba. Del Barco dice al respecto:

En algunas partes usaban, luego que nacían las criaturas, embarnizar todo su cuerpo con un betún hecho de carbón molido y de recientes orines, con lo cual, aunque les dejasen en la apariencia hechos unos diablitos o unos negritos de Angola, los fortificaban y defendían de algún modo de las injurias del tiempo, a falta de ropa con que abrigarse (1988:196).

Si lo anterior era con el fin de protegerlos del frío, para dormirlos dentro de los hogares de la familia nuclear habría otros tantos métodos. Del Barco refiere que, hacia la misión de Santa María,

a los 31 grados de altura [...] hacen en su misma casita un hoyo en la arena, y le calientan con fuego que allí encienden. Después

apartan el fuego, y estando la arena en buen temple de moderado calor, meten al niño al hoyo y le cubren con la arena caliente hasta la cabeza y aún hasta cerca de la boca dejándole lo restante del rostro descubierto para la respiración (1988:196).

Por lo visto, podemos decir que las diversas comunidades habían logrado conocer, además de la naturaleza, varios procedimientos para hacer más eficaz la caza, la pesca y la recolección de frutos y animales, mediante una organización social que daba comienzo con la familia nuclear misma y culminaba en la esfera comunal; pasando por la división del trabajo basada en el sexo y la edad. Todo ello nos habla de la creación y posesión de una cultura por parte de cada comunidad. Culturas que, como las de cualquier latitud, son hijas de sus propias historias. Por otra parte, estas culturas no sólo habían logrado las expresiones materiales y espirituales antes descritas, sino que ellas se ampliaban todavía más mediante el lenguaje, los vestidos y, como veremos más adelante en sus creencias.

LENGUAS, VESTIDOS Y ADORNOS

Otros logros fueron sus lenguas, sus adornos, su vestimenta y sus creencias mítico-mágicas. Estos elementos diferenciadores de las comunidades no pudieron ser menos que resultado del complejo movimiento histórico-social que se dio en la península desde que arribaron a ella los grupos de cazadores especializados en la gran fauna. Mostrar el movimiento de lo anterior rebasa, con mucho, los objetivos de este trabajo. Dejemos que sean los misioneros quienes hagan la descripción general de algunos de esos aspectos.

Lenguas

No vamos a referirnos en detalle a las lenguas que se hablaban en la península. Sólo queremos recordar que desaparecieron casi todas las de la parte sur. Las pocas noticias que tenemos de ellas provienen de los misioneros jesuitas. Del Barco escribió:

Algunos misioneros han escrito que las lenguas de esta península son seis: otros dicen que son cinco, y finalmente el padre Taraval, con otros, las reducen a solo tres. Esta diferencia nace de que las que unos han juzgado lenguas entre sí diversas, otros, haciendo examen más profundo, han creído que sólo son dialectos de una misma, tan poco diferentes que no merecen el nombre de idioma distinto.

En la variedad que por esta razón se encuentra en las relaciones, creo que se debe preferir el dictamen del padre Taraval, como uno de los más prácticos en todos los países, y que dice haberlo averiguado por sí mismo. Tres son (dice este hábil misionero), las lenguas: la *cochimi*, la *pericú* y la de *Loreto*. De esta última salen dos ramas: y son la *guaycura* y la *uchití*; verdad es que es la variación tanta, que el que no tuviera conocimiento de las tres lenguas, juzgará no sólo que hay cuatro lenguas, sino que hay cinco. Los indios no se entienden sino en unas cuantas palabras que significan lo mismo en las tres lenguas de *Loreto*, *guaycura* y *uchití*. Y éstas son bien pocas. Puede ser que, de dos lenguas, se formasen estas tres variaciones, y entonces serán cuatro, pero contadas de diverso modo (1988: 171-172).

Hoy en día sabemos que esta división lingüística no es muy precisa. El hecho de que los jesuitas, conocedores de las muchas lenguas aborígenes, hayan hecho observaciones pertinentes en el propio terreno, no quita que muchas de sus apreciaciones, como en este caso, estuviesen viciadas por una teoría especulativa. Esta teoría, la de un origen común de todas las lenguas, contenía sin duda un buen número de prejuicios capaces de impedirles reconocer la posible riqueza lingüística de la California. No obstante, las referencias de los misioneros ayudan a tener una primera imagen del mapa lingüístico. Así, por ejemplo, escribe Del Barco:

Desde el Cabo San Lucas, hasta más acá del Puerto de La Paz, [habita] la nación *Pericú*, o siguiendo la terminación castellana, de los *pericúes*; la segunda, desde La Paz hasta más arriba del presidio real de Loreto, es de los [*guaycuras*] *Monquis*; la tercera, desde el territorio de Loreto, por todo lo descubierto al norte, de la nación *cochimi*, o de los *cochimés* (1988: 172).

Mas allá de los 33 grados el padre Wenceslao Linck encontró otra lengua que no pudo identificar frente a las conocidas y de la que Del Barco dijo:

Acaso es el mismo que hablan los habitantes de las márgenes del río Colorado, de donde aquella gente no podía dejar de estar cerca. Si realmente esta lengua es diversa en su raíz de las demás de la California, contaremos en ella cuatro diversas lenguas (1988:175).

No es improbable que esta lengua fuese la de los cajuenches o cucapá (Garcés, 1968: 26-27). En un posterior trabajo intentaremos poner en claro este tema.

Adornos y vestidos

Por otra parte los misioneros describieron el adorno y el vestido en forma más o menos extensa, si bien restringiéndolo a la identificación que hicieron ellos de los grupos lingüísticos. En principio decían que el vestido de los hombres no era “más que su propia piel”. Lo anterior nos puede hacer pensar en una desnudez total, pero las descripciones del adorno de los cuerpos nos hacen ver que no iban tan desnudos.

Pericúes

Los pericúes [dice Del Barco], hacia el cabo de San Lucas, adornaban toda la cabeza de perlas, enredándolas y entreverándolas con los cabellos, que mantenían largos. Entretejían con ellas unas pequeñas plumas blancas, resultando de todo un adorno postizo, que, visto de lejos, pudiera pasar por peluca (1988:183-184).

Pedro Porter y Casanate dijo que además se adornaban el cuello con collares de “concha de nácar con muchos agujeros” (1970: 327). Clavijero, por su parte, apuntó que usaron “también por algún tiempo vendas formadas de ciertos caracolillos blancos y redondos que a primera vista parecían perlas” (1970:56).

En lo que se refiere a las mujeres Del Barco dice:

Las más decentes en vestirse eran las mujeres de los pericúes, hacia el Cabo de San Lucas. Hay en este pedazo de tierra cierta especie de palmas, distintas de las que producen los dátiles, y de éstas se valen las indias, para formarse sus faldellines. Para esto golpean sus hojas, como se hace con el lino, hasta que salen esparcidas las hebras, las cuales, si no son tan delicadas como las del lino, a lo menos quedan, machacadas de este modo, más suaves que las del cáñamo. Su vestido se reduce a tres piezas, dos que forman juntas una saya, de las cuales la mayor, poniéndola por detrás, cubre también los dos lados volteando un poco para delante, y llega desde la cintura hasta media pierna o poco más. La otra pieza se pone por delante, cubriendo el hueco que dejó la mayor, pero sólo llega a las rodillas o muy poco más. La tercera pieza sirve de capotillo o mantelina con que cubren el cuerpo desde los hombros hasta la cintura o poco más. Estos vestidos no están tejidos sino engarzados de hilo, o diremos mejor cordelillos, unos con otros por el un extremo, como en los flecos, deshilados o guadamaciales, quedando pendientes a lo largo en madejas muy tupidas y espesas.

Y aunque labran unas pequeñas telas de estas pitas o hebras de palma, no son para vestirse sino para hacer bolsas y zurrones, en que guardan sus alhajuelas (1988: 185-186).

Estas indias del Cabo de San Lucas crían el cabello largo, suelto y tendido por la espalda. Forman de figuras de nácar, entreveradas con frutillas canutillos de carrizo, caracolillos y perlas, unas gargantillas muy airosas para el cuello, cuyos remates cuelgan hasta la cintura y de la misma hechura y materia, son sus pulseras (1988:186).

Clavijero añade algunas notas más respecto del vestido de las pericúes, que consideramos arrojan un poco más de luz, por lo que lo citamos también:

[La primera parte del vestido] es un capotillo que les cubre desde los hombros hasta la cintura, y el otro una especie de enaguas compuestas de dos piezas cuadradas, de las cuales una se extiende desde la cintura hasta media pierna y cubre la parte posterior, y la otra la anterior, extendiéndose desde la cintura hasta las rodillas (1970:55-56).

Cochimíes

De los cochimíes del norte, escribe Del Barco:

No criaban, por lo regular, el pelo largo, a excepción de algunos que dejaban crecer unas pequeñas guedejas. No usaban de perlas, como los del sur; pero tenían otro adorno más vistoso, es a saber: unas toquillas o cintillos formados de nácar, que rodeaban como con corona la cabeza. Para formarlas, descantillaban primero la madreperla, y la bruñían hasta dejarla lisa y lucida por ambos lados. Después, con un pedernal la partían en listas de seis, u ocho líneas de largo, y dos o tres de ancho; y agujereándolas por los extremos, las unían entre sí de modo que formasen un círculo, y éste acomodaban en la cabeza, quedando pendientes por todas partes las listillas del nácar. Otros formaban estas toquillas aún más vistosas de esta suerte: agujereaban las listillas de nácar por los dos extremos y, por medio de un hilo, que pasaban por estos agujeros, afianzaban cada una de las listas dichas, así por el extremo alto, como por el bajo, contra unos cordelillos o pequeña red u otra cosa, que servían también de forro a esta especie de corona. La cual representaba mejor estas toquillas, porque en ellas no quedaba el nácar pendiente y suelto por el un extremo, como en las otras, ya dichas; sino derecho y fijo por los dos. Las listillas de nácar estaban arrimadas unas a otras, tocándose por los cantos; pero no eran todas iguales sino que las de en medio eran más largas

que las demás: de suerte que, puestas las toquillas en la cabeza, las que estaban en medio, sobre la frente, eran más altas y más largas y, aunque por la parte inferior todas estaban iguales, las demás por la parte superior iban poco a poco en disminución, igualmente por uno y otro lado de la cabeza hasta detrás de las orejas o más adelante. Las primeras eran de dos dedos de largas, y las últimas de un dedo o menos. Por detrás no tenfan nácar sino sólo cordelillos, que venían del forro, los cuales atándolos de un lado con los del otro, afianzaban la toquilla en la cabeza (1988: 184-185).

Del vestido de las mujeres, dijo:

Empieza en la cintura, y acaba en las rodillas en algunas tierras; en otras, hasta un poco más abajo. Por delante es un faldellín formado de los pequeños nudos de carrizo muy delgados que cortan cerca de los nudos por uno y otro lado. Tiran los canutillos, por no servir para este efecto y reservan sólo los nudos, los cuales agujerean y ensartan en unos hilos, o cordelillos delgados, que sacan de los mezcales, como quien ensarta un rosario. Estas sartas bien espesas se atan, por el un extremo, a otros cordelillos que se amarran a la cintura, quedando por el otro extremo sueltas, y llegan, por lo menos, a las rodillas; aunque en algunos territorios las usaban más largas y casi hasta media pierna, componiendo de esta suerte, todas juntas, una cortinilla defensiva del pudor, ya que no de las inclemencias del tiempo. La parte opuesta cubren con una piel de venado, o de otro animal, que hayan cazado los maridos. Desde la misión de San Borja, hasta los 30 grados de altura, en adelante estilan cubrir el cuerpo con mantellinas de nutria o de liebre, conejos y otros animales (1988: 186-187).

Guaicuras

De los guaicuras, Clavijero señala que

al menos los del Conchó, llamados después lauretanos, ceñían su cintura con un bello cinto y su cabeza con una red curiosa a manera de venda, y algunos añaden a esto un collar de figuritas de nácar y de ciertas bayas ensartadas, y manillas y brazaletes de la misma materia (1970:56).

De sus mujeres dice el mismo Clavijero:

No usan capotillo; todo su vestido consiste en unas enaguas que se extienden desde la cintura hasta las rodillas o poco más abajo,

y que por la parte de atrás se componen de cuerdecillas semejantes a las de las pericúes, y por delante de muchas hileras de nudos de carrizo delgados que agujeran con este fin. Acaso usan de los nudos y no de los mismos carrizos, porque aquellos son más difíciles de romperse. Las cochimíes, que habitan entre los 26° y los 30°, tienen el mismo delantal de nudos de cañavera que las guaicuras, y se cubren la parte posterior con una piel de ciervo o de cualquier otro animal (1970:56).

Con menor precisión, el padre Del Barco describe otros vestidos de comunidades visitadas por los jesuitas, que sin embargo no conocieron a fondo. Así, por ejemplo, refiere que

desde los 30 grados hasta los 32, las mujeres están mucho menos cubiertas [...] que todas las demás de la península; porque sólo se cubren del modo siguiente. Pónense en la cintura un pequeño manojito de hilos o cordelillos delgados que sirven de faja. Contra ésta afianzan y atan por delante mucha mayor porción de semejantes hilos, más de suerte que queden espesos y aun casi amontonados, formando una madeja que apenas tendrá cuatro dedos de ancho, y retorciéndola un poco, la hacen pasar entre los muslos y toda junta la prenden por detrás contra la faja misma de la cintura, dejando dicha madeja algo tirante y bien arrimada al cuerpo. Así queda esta especie de braguero cubriendo precisamente los desagües de la naturaleza. En todo el tiempo de calor no traen sobre su cuerpo más que lo dicho (1988:199).

Más adelante, apunta:

Desde los 32 grados en adelante vuelve el uso de los delantales o cortinilla; mas no ya con carrizos, como usan todos los cochimíes desde los 25 hasta los 30 grados; sino de sólo hilos y una piel de ciervo o de otro animal por detrás, colgada de la cintura: modo de cubrirse que sabemos prosigue por lo menos hasta los 33 grados. Estas mismas mujeres, desde la misión de San Borja en adelante para el norte usan en el invierno abrigarse o con una piel puesta en la espalda, cuyas extremidades cogen por delante con las manos, o con una especie de capotillo hecho de varias piezas que traen las más acomodadas. El traer una piel colgada de la cintura, es el modo de cubrirse por detrás, general de las mujeres cochimíes y usanza de todas las de esta nación, exceptuando sólo el territorio de las de los bragueros. Para este efecto se seca la piel teniéndola bien tirante y la dan después un corte especial. Por arriba la cortan angosta para que ajuste a la parte de cintura correspondiente a la

espalda, y llegue a cubrir un poco los cuadriles. Desde aquí va sesgado el corte hacia abajo igualmente de uno y otro lado, de suerte que abajo tienen todo el ancho de la piel, quitadas las garras; y llega a media pierna o poco más: por aquella parte corre derecho y a nivel el corte, para que no esté más alto por un lado que por otro.

Por arriba atan a la cintura esta piel y por abajo queda enteramente suelta. Con esto, cuando andan, va la piel golpeando en las piernas haciendo mucho ruido: especialmente cuando es nueva, como entonces está tirante a modo de un grueso pergamino, es mucho más fuerte el golpeo y el ruido. El pelo de la piel le ponen de la parte de adentro y, cuando se sientan, echan indefectiblemente la mano para ajustar la piel de suerte que se sienten sobre ella y no sobre la tierra desnuda (1988:201).

Calzado

Por último, hay que decir que ninguno de los grupos hacía sus largas caminatas descalzos. Clavijero señala:

Cuando los californios no viajan andan absolutamente descalzos; pero para caminar usan el mismo calzado que los indios de México y de otros países de América, el cual consiste en unas suelas de cuero (1970:56).

Del Barco es más explícito cuando refiere

que se sostiene contra el pie por medio de unos cordeles largos y gruesos: dos de los cuales vienen de uno y otro lado del talón al empeine del pie, donde forman un gran nudo con muchas vueltas, a modo de cuerda de San Francisco; pero mucho más grueso. De la parte opuesta salen otros dos cordeles; de los cuales uno pasa por entre el dedo grueso y el inmediato, y el otro por entre dos de los otros dedos. Estos cordeles van a parar también al empeine, en donde hacen otro nudo semejante al primero. Estos nudos quedan permanentes, y, para calzarse, no es menester sino poner el pie en el suelo, traer al empeine los nudos, y hacer que pase uno por debajo del otro: por esto se sostienen mutuamente; la suela queda arrimada al pie; y el hombre calzado. Cuando se gastan los extremos de los cordeles, que caen bajo de la suela, lo remiendan fácilmente con alargar el cordel deshaciendo alguna vuelta, de las que tienen los nudos gruesos, que caen sobre el pie. Esta especie de calzado, o *cacle*, los hacían antiguamente de piel de venado; mas por ser delgada, era necesario poner dos o tres suelas, unas sobre otras (1988:208).

Estos atuendos y vestidos no pueden tomarse como generalizados para todos los naturales de la península. Seguramente, con el examen de otras fuentes se podrá precisar más este aspecto. Por otra parte, no queremos dejar pasar esta ocasión para señalar que el padre Pedro Font anotó en su diario que en la región norte de la península y del río Colorado hacia el mar Pacífico algunos

hombres usan mucho el embijarse de colorado con almagre, y de negro con una tierra reluciente y negra de color aplomado [...] y también de blanco, y de otros colores, y se embijan no sólo la cara, sino también todo el cuerpo, y se lo pegan con el unto de tuétanos, o con otros ingredientes de tal modo que aunque se metan en el río, y se bañen mucho, como acostumbran, no se les quita fácilmente el embije; y los que no adquieren otra cosa mejor, se tiznan con carbón de arriba abajo, con varias rayas, y labores [...] y esa es su gala. Las mujeres sólo se embijan de colorado, y es muy común entre ellas (Font, s/f: 61-62).

Clavijero, por su parte, ofrece una nota muy breve al señalar que los naturales cercanos a la región de Mulegé, donde hay ocre amarillo, lo usan para pintarse (1970:15). No es improbable, que en aquella región californiana el frío haya provocado que los hombres se untaran la piel con estas mezclas, tal cual lo hacían las mujeres del interior de la península con sus hijos recién nacidos, como ya hemos visto.

A lo anterior hay que agregar, sin saber cuál era su difusión entre las diferentes comunidades, la existencia de la prácticas de perforarse la nariz y las orejas con objeto de colgarse pendientes y adornos diversos, según lo refirieron los misioneros (*Cfr.* Del Barco, 1988:52).

MUNDO ESPIRITUAL

Como hemos visto en páginas anteriores, las diversas celebraciones y danzas servían de vehículo educador. Ahora veremos cómo también les servía para transmitir las creencias de sus antepasados. Esto es, su mundo mítico-mágico. Ahora bien, abordar ese mundo a partir de las crónicas es difícil, ya que los misioneros, en primer lugar, condenaron desde el principio toda manifestación de tipo mágico-religioso así como las creencias del mundo sobrenatural entre las comunidades. En segundo lugar, lo anterior significó, entre otros hechos, el escaso tratamiento de estos aspectos en sus manuales. Así, no sólo impusieron su silencio, sino que se empeñaron en mostrar, en lo poco que refirieron, las conductas de los naturales como comportamientos demoniacos o bestiales. En tercer lugar,

los misioneros vieron en ese mundo espiritual, de manera forzada, ciertos elementos identificándolos con algunos contenidos del Evangelio, de modo que para ellos se confirmaba la creencia de que el género humano, sin excepción, fue creado por Dios y, en consecuencia, provenía de la primera pareja: Adán y Eva. Por tanto, según los misioneros jesuitas, el Evangelio tuvo que haber sido universalmente conocido, si bien después debió haber sido abandonado ante la intervención de satanás.

Pero hay que advertir que la adulteración de aquel mundo mítico-mágico no sólo es imputable a los misioneros, sino también a los propios naturales. Del Barco escribió: "Si se les insiste mucho con preguntas reflejas, se aturden y confunden; o acaso responderán lo que les parece que desea el que pregunta, como suele suceder, si es persona para ellos de autoridad" (1988:216). He allí, pues, otra causa de tergiversación, cuyo móvil era contrario al de los jesuitas. Quizá podamos atribuirlo a la única solución posible que las comunidades hallaron para salvaguardar parte de sus creencias bajo el nuevo manto religioso.

Chamanes

En principio hay que decir que en cada comunidad había un chamán o, como decía Clavijero: "*Guamas* entre los cochimíes, *Niparaja* o *Tuparan* entre los pericúes y *Dicuinocho* entre los guaicuras", quienes se ocupaban de las curaciones tanto físicas como espirituales. Decía Clavijero: "Éstos hacían de doctores enseñando los dogmas a los niños; de médico aplicando remedios a los enfermos, y de adivinos fingiéndose inspirados del cielo y confidentes de los espíritus" (1970:66).

Buena parte del conocimiento que poseían, lo conservaban mediante tradición oral y símbolos establecidos por generaciones. Clavijero indica la existencia de ciertos "libros" o unas "tablitas [...] en que fingían leer la naturaleza de las enfermedades, los remedios a ellas convenientes, las futuras mutaciones del aire y aun el destino de los hombres" (1970:67).

Por otra parte, es muy posible que estos individuos principales hayan acumulado además el conocimiento sobre las distintas estaciones del año y frutos de ellas, lo que les permitía dirigir el movimiento de la comunidad dentro de su territorio y realizar las rogativas y ceremonias necesarias para que la caza, la recolección y la pesca bastaran para cubrir las necesidades de la comunidad. Según lo anterior, no es de extrañar que a los chamanes les correspondiese vincular el mundo material de la comunidad con aquél que se extiende más allá de sus límites físicos, es decir el mundo espiritual, donde todo lo material tiene su correspondiente.

Como dirigentes espirituales de su comunidad, los chamanes se distinguían entre otras cosas por su vestimenta. Clavijero refiere que el traje ceremonial

consistiría en una gran capa que les cubría desde la cabeza hasta los pies, y hecha toda de cabellos que recibían de sus discípulos y de sus enfermos, pues sanasen o muriesen éstos, el médico siempre se pagaba con sus cabellos. Además de la capa, llevaban en la cabeza un penacho de plumas de gavián y en las manos un abanico de las mismas. Los tuparan pericúes solían llevar en vez de penacho una corona hecha de colas de ciervo, y los guamas cochimíes llevaban además dos hilos de pezuñas de ciervo en la cintura (1970:68).

Todas sus celebraciones eran comunales y se realizaban por medio de bailes. A los chamanes les correspondía “dar principio a la fiesta fumando tabaco en una caña de piedra llamada *chacuaco* por los españoles de aquel país” (Clavijero, 1970:68). Entre las celebraciones se contaban las de “la caza, la guerra, la pesca, sus viajes, sus sepulturas [...] sus matrimonios, el nacimiento de sus hijos, su buen éxito en la caza, en la pesca y en la cosecha de las frutas, o la victoria alcanzada contra sus enemigos” (Clavijero, 1970: 60). Por otra parte los jesuitas describieron algunas de ellas. Aquí transcribimos la de la repartición de las pieles a fin de que tengamos una idea más clara de ella y, así sea mínimamente, podamos acercarnos a esa atmósfera comunal y festiva. Dice Del Barco:

De las fiestas más celebres de los cochimíes era el día en que repartían las pieles a las mujeres una vez al año, según lo averiguó el padre Francisco María Piccolo en su primer entrada al valle de San Vicente, en donde hoy está fundada la misión de San Ignacio. Juntábanse en un lugar determinado las rancherías confinantes, y allí formaban, de ramos de árboles y matorrales una casita o choza redonda, desde la cual desembarazaban la tierra por un trecho proporcionado formando camino ancho y llano para las carreras. Traían aquí todas las pieles de los venados que habían cazado aquel año, y con ellas se alfombraba el camino. Entraban los principales dentro de la choza y, acabado el convite de sus cazas, pescas y frutas, se medio emborrachaban chupando del tabaco cimarrón. A la puerta de la choza tomaban su lugar uno de los hechiceros en traje de ceremonia y predicaba en descompensados gritos las alabanzas de los matadores de venados. Entretanto los demás indios iban y venían, corriendo [...] sobre las pieles, y las mujeres daban vueltas alrededor cantando y bailando. En fatigándose demasiado el predicador, cesaba el sermón, y con él las carreras;

y saliendo de la choza los principales, repartían a las mujeres las pieles para vestuario de aquel año, celebrándose el repartimiento con nuevas algazaras y alegrías (1988:187).

Dice Clavijero que el guama, probablemente en las ceremonias al final de la temporada de caza o de recolección

comenzaba a manera de hombre inspirado, su predicación sobre los dogmas, con visajes y gestos extravagantes y acciones descompuestas. De la exposición de su doctrina pasaba al panegírico de sus parciales, esto es, de aquéllos que eran más liberales para con él, y a dirigir invectivas contra los que no habían procurado llevarle la mejor fruta; y no contento con vituperarles a éstos sus defectos, les imponía penitencia, de las cuales era la más común la del ayuno, amenazándolos con grandes desgracias si no las cumplían. A estas penas solían sujetarse no solamente los particulares, sino hasta tribus enteras. No pocas veces en castigo de semejantes pecados se les obliga a abrir algún camino en el monte, para que pudiera descender con más comodidad el espíritu visitador, y a formar en él a cierta distancia algunos montones de piedras en que descansase (1970:68).

Además, se afirma que entre las normas que imponían los guamas estaba el no matar

león alguno (esto es leopardo, que en la Nueva España llaman león), y decían que, si alguno le matara, el león, aun después de muerto, se vengaría de su matador, haciéndole morir [...] Cuando iban a caza de venados, y mataban alguno, el hombre que le mató no comía de la carne de aquel venado; porque, si comía de ella, decían, no mataría en adelante más venados [...] Los mozos, que aún no tenían hijos, no comían liebre; y la razón que daban era porque, si la comían antes de tener hijos, ya después no los tendrían jamás [...] Las suegras no miraban a sus yernos, porque estaban persuadidas a que, si los miraban, enfermarían de los ojos o perderán la vista (Del Barco, 1988:217).

Clavijero ofrece algunas variantes, lo que quizá se debe a una mala lectura de sus fuentes o a que él se refería a las tradiciones de otras comunidades de la península, o bien a que corrigió el texto de Del Barco. Así pues, dice “que los jóvenes que aún no tenían hijos, si querían tenerlos debían comer carne de liebre; que la suegra no debía mirar a la nuera, porque sin otro motivo se enfermaría de los ojos” (1970:69).

Además de presidir estas ceremonias los guamas eran llamados para curar a los enfermos, para lo cual se valían de

emplastos de yerbas o de unciones de algún zumo, y si el enfermo tenía alguna hija o hermana, hacía a éstos una incisión en el dedo pequeño y la obligaba a echar sobre el cuerpo del enfermo las gotas de su sangre; pero el remedio más común y que ponderaban como el más eficaz, eran los zahumerios de tabaco hechos con una caña aplicada al miembro enfermo. Usaban también de esta caña para extraer, según decían, con el alimento el mal del cuerpo, y si este medio no producía buen efecto, procuraban extraerle por la fuerza con las manos metiendo los dedos en la boca del enfermo. El remedio de la caña se aplicaba también a petición del enfermo, por todos sus parientes, los cuales eran convocados por el guama. Cuando éstos desesperaban de la salud del enfermo se colocaban junto a él y prorrumpían en llanto y alaridos, y si le veían adormecido le daban golpes en la cabeza para despertarle y restituirle a la vida.

Si el enfermo, después de ser de esta suerte auxiliado por los guamas y por sus parientes, llegaba por fin a morir, era mayor el llanto y más grandes las exclamaciones [...] Luego de morir el enfermo se procedía sin ningún reparo al funeral, el cual se hacía indiferentemente según les era más cómodo, o sepultando el cadáver o quemándole [...] Solían honrar la memoria de algunos difuntos colocando en la extremidad de una alta garrocha su figura groseramente formada de ramas, junto a la cual se ponía un guama a predicar sus alabanzas (Clavijero, 1970:67-68).

Creencias

Debemos ahora tratar el mundo de las creencias, muy difícil de captar sin distorsiones, sobre todo tratándose de sociedades ya desaparecidas. Considerando las limitantes de los textos, ya señaladas, especialmente en este caso, dejemos que sea Clavijero quien nos presente en forma extensa lo que él percibió. La crítica vendrá en otra ocasión.

No tenían templos, altares, simulacros, sacerdotes ni sacrificios, y por tanto no se halló entre ellos ningún vestigio de idolatría, o de culto externo a la Divinidad. Tenían, sin embargo, alguna idea de un Ser Supremo, creador del mundo, pero tan oscurecida y confusa como en otros pueblos bárbaros, y desfigurada con mil despropósitos, necedades y puerilidades. De sus dogmas y de sus supersticiones diremos aquí lo que después de diligentes pesquisas han referido algunos graves y doctos misioneros.

Los pericúes decían que en el cielo habitaba un gran señor, llamado en aquella lengua *Niparaja* [obsérvese que es el mismo nombre que se les da a los que nosotros llamamos genéricamente chaman]; que éste había hecho el cielo, la tierra y el mar, y que podía hacer todo cuanto quisiese. Este señor, añadían, tiene una mujer llamada *Anajicojondi*, y aunque no ha usado de ella por carecer de cuerpo, sin embargo, tiene en ella tres hijos. Uno de éstos, llamado *Cuajaip*, fue engendrado por *Anajicojondi* en los montes de *Acaragui*, fue verdadero hombre y vivió mucho tiempo entre nuestros mayores para doctrinarlos. Fue poderoso y tuvo mucha gente bajo su mando, porque siempre que quería entraba debajo de la tierra, y de allí sacaba hombres; mas estos ingratos, despreciando tantos beneficios que de él habían recibido, se conjuraron contra él y le mataron, y al darle la muerte le atravesaron la cabeza con un ruedo de espinas. Así explicaban aquellos bárbaros su creencia.

Añadían que en el cielo, el cual está más poblado que la tierra, hubo en otro tiempo una gran guerra espantosa, porque un gran personaje de aquel país llamado por unos *Tuparan* y por otros *Bac*, se conjuró con todos los suyos contra el supremo *Niparaja*; pero éste, habiendo quedado vencedor en la guerra, después de haberle quitado a *Tuparan* las pitahayas y todas las otras frutas deliciosas que tenía, le arrojó del cielo con todos sus secuaces, le aprisionó en una cueva próxima al mar, y creó las ballenas para que le hiciesen guardia y no le dejaran salir de allí. Decían también que *Niparaja* no quería la guerra, y por lo contrario la apetecía *Tuparan*; por este motivo los que morían flechados no iban al cielo, sino a la cueva de *Tuparan*. De estas doctrinas nacieron en el país de los pericúes dos sectas o facciones opuestas, tanto en sus opiniones como en sus costumbres. Los sectarios de *Niparaja* eran por lo general graves, circunspectos y dóciles a la razón [...] Los que seguían a *Tuparan* eran embusteros, falsos, inquietos y obstinados en sus errores. Estos decían que las estrellas, las cuales en su concepto eran de metal, habían sido creadas por un numen llamado *Purutahui* y la luna llamado *Cucunumic*.

Los guaicurás, que como hemos dicho, están divididos en varias ramas de diferentes dialectos, decían que hacia el Norte había un espíritu principal llamado *Guamongo*, el cual mandaba a la tierra las enfermedades, y que antiguamente había enviado a ella otro espíritu llamado *Gujaqui*, con el fin de que la visitase en su nombre, que en su viaje por aquella península anduvo sembrando pitahayas y disponiendo los lugares de la pesca hasta una grande pena que hay en la costa oriental junto a un puerto llamado después *Puerto Escondido*, en donde se encerró por algún tiempo, que era servido por otros espíritus inferiores, los cuales le llevaban diariamente buenas

pitahayas y peces para que comiese, mientras se ocupaba en hacer con los cabellos que sus devotos le presentaban, las capas [...]; que de allí salió a continuar la visita de la península, y concluida volvió al país septentrional de donde había venido [...] el sol, la luna y los otros astros aparentemente más grandes, eran hombres y mujeres, los cuales todos los días al ponerse caían al mar y salían de él al día siguiente a nado, y que las estrellas eran fogones encendidos en el cielo por el espíritu visitador, y vueltas a encender después de ser apagadas en el agua del mar.

Los cochimíes decían que en el cielo habitaba un gran señor, cuyo nombre en aquella lengua significaba *el que vive*; que éste sin concurso de ninguna mujer, tenía un hijo con dos nombres, el uno de los cuales significaba *el veloz* y el otro *la perfección o término del barro*, y que además había otro personaje llamado *el que hace sonar*. A todos estos tres daban el título de señor; pero preguntando cuántos señores había, respondían que uno solo, el cual creó el cielo, la tierra, las plantas, los animales, el hombre y la mujer. Decían también que habiendo creado *el que vive* ciertos seres invisibles, se conjuraron estos contra él y se declararon enemigos de los hombres, y que estos espíritus, a quienes llamaban *mentirosos y engañadores*, cogían a los hombres cuando morían y los metían debajo de la tierra para que no viesen al Señor que vive.

Los cochimíes, que habitan más allá de los 30 [grados], hacían mención de un hombre que en el tiempo antiguo vino del cielo a beneficiar a los hombres, y por esto le llamaban *Toma ambei ucambi tevivichi*, esto es, el hombre venido del cielo; pero no sabían decir qué beneficios había hecho a los hombres, ni le daban ningún culto. Es verdad que celebraban una fiesta llamada *del hombre venido del cielo*; pero ésta lejos de contener algún acto religioso, se reducía toda a gozar de los placeres comiendo y bailando. Algunos días antes de la fiesta se les encargaba estrechamente a las mujeres que solicitasen por todas partes las cosas que servían de manjares, para regalar, como ellos decían, a aquel numen que debía venir a visitarlos, y toda esta provisión se guardaba en un emparrado construido con este fin. Llegado el día señalado para la fiesta, escogían un joven que debía representar el personaje de aquel numen, y le vestían secretamente de pieles después de haberle pintado con vivos colores para que no fuese conocido. Éste se escondía en algún monte cercano al emparrado, en el cual entraban los hombres a esperarle, quedándose lejos las mujeres y los niños, aunque a vista del emparrado y del monte. El joven disfrazado, cuando llegaba la hora de dejarse ver, aparecía en la cima del monte y desde allí descendía corriendo velocísimamente hasta el emparrado, en el cual era recibido con mucho júbilo. Allí

comían alegremente a costa de las pobres mujeres, que no sabiendo el secreto, quedaban firmemente persuadidas de que era cierto lo que fingían sus embusteros maridos. Acabada la comida se volvía por el mismo camino y desaparecía el pretendido numen.

De un engaño semejante y con el mismo fin se valían los cochimíes en el aniversario de sus muertos. Fingían que éstos residían en los países septentrionales, y venían cada año a hacerles una visita. Conviniéndose los hombres en el día de tal vista, obligaban a las mujeres aun amenazándolas con enfermedades, a que buscasen en los bosques y en el campo una gran cantidad de víveres para regalar a los difuntos. El día señalado para el aniversario, los hombres reunidos en un emparrado comían toda aquella provisión, mientras las mujeres y los niños, distantes de aquel lugar, lloraban abundantemente la muerte de sus parientes, para cuya comida se habían fatigado tanto. Los hombres cuidaban tanto de que aquel misterio estuviese oculto a las mujeres, que un joven por haberle revelado a su madre, fue muerto inmediatamente por su mismo padre.

No puede dejar de causar admiración el hallar en los dogmas de los bárbaros californios tantas señas, aunque desfiguradas de las verdades cristianas. Podría sospecharse que fueron instruidos en ellas por algunos cristianos, porque en los cincuenta años que procedieron a la entrada de los jesuitas en la península, abordaron a ella muchas embarcaciones de México y de otras partes; pero ninguno permaneció allí el tiempo necesario para aprender alguna de aquellas difíciles lenguas, y los mismos californios, preguntados acerca del origen de su doctrina, afirmaban constantemente que la habían recibido de sus antepasados (1970:63-66).

Por su parte, Del Barco señala que los cochimíes decían

que los buenos, cuando mueren, van hacia la parte del norte, que suponían tierra mejor y más abundante de sus comidas; y que los malos iban hacia la parte del sur que, en su aprensión, era tierra más desdichada; no porque lo hubiesen visto (pues sólo penetraban a la tierra de las rancharías vecinas, y aliadas, y rara vez poco más adelante) sino porque, según se puede discurrir, como los primeros pobladores vinieron del norte, había fama que aquella tierra era más abundante que la que poseían; y aprendían que, mientras más al sur, era la tierra más pobre (1988:217).

Sobran comentarios, resta hacer estudios meticolosos para deslindar lo autóctono de lo hipostasiado o sincretizado. Hay mucho trabajo por hacer y quizá un buen comienzo es deslindar de las narrativas anteriores lo que se halla imbricado con prejuicios, denostaciones e impulsos homogeneizantes.

LA GUERRA

Queremos hacer algunas precisiones en cuanto a la manera de hacer la guerra. En las primeras páginas tratamos lo dicho por lo misioneros con respecto a la supuesta belicocidad de las comunidades. Ahora bien, pensamos que las guerras fueron un hecho innegable antes de la llegada de los españoles, pero dicho fenómeno se incrementó e intensificó con los primeros misioneros. Estos propiciaron, queriéndolo o no, el rompimiento de antiguos acuerdos territoriales, lo que implicó la transgresión de usos y costumbres centenarias. Por ejemplo, no son pocas las noticias de los viajes que emprendían los misioneros con sus neófitos hacia otras poblaciones, o del envío de catecúmenos a otras misiones para que llevaran correspondencia o suministros. Ello, sin duda, propició el relajamiento de las costumbres de tránsito entre las propias comunidades con sus secuelas de enemistad, inseguridad, enfrentamientos y guerras que terminaron, para la segunda mitad del siglo XVIII, con buena parte de la población aborigen.

Dejemos que Del Barco nos narre la manera en que se hacían la guerra, en la cual según él parecían vivir permanentemente los naturales:

El modo de publicar la guerra era hacer con mucho estruendo provisión de flechas y de pedernales para ellas y procurar que, por varios caminos, llegasen las asonadas a oídos de sus contrarios, pretendiendo intimidarlos para vencerlos. Llegando el lance decisivo de la batalla, se presentaba en tropa confusa con grande algazara y gritería, sin ningún género de orden militar. Así se afrontaban desordenadamente pelotones entre unos y otros hasta ponerse a tiro de la saeta, y entonces empezaba el choque. Sólo guardaban algún orden en irse remudando las cuadrillas a tomar la frente del ejército, cuando las primeras se retiraban, o por cansados o por faltas de flechas. Cuando llegaban a estrecharse en el combate, usaban, para herir de cerca, unos venablos o lanzas de palos, con las puntas aguzadas y tostadas, que hacían a veces no menor efecto ni menos seguro que el acero. Otros usaban también de dardos. Y en el norte, hacia los 31 grados, se halló que usaban de varias especies de armas para herir de cerca: una era de la figura de una garrucha de pozo, de un palmo de diámetro, con su canalita en medio, y con su cabo, de palmo y medio de largo, todo lo cual era de una sola pieza. Otra, se parecía a una picadera de cantero; por un extremo con pico y por otra la boca o hachuela de corte; de el medio salía el cabo para manejar esta arma, que toda, con su cabo, era también de una pieza. Otra era como una pequeña y corva espada.

A fin de estas batallas vencía, no quien tenía más destreza o más pujanza y valor, sino quien se mantenía más firme contra el miedo propio, o acertaba a infundirle al enemigo. Así crecían, y se hacían generales los rencores, las parcialidades y las guerras, al paso que unos y otros se disminuían con recíprocas muertes. Así se han visto, principalmente en las rancherías del sur, muchas de las cuales se han ido consumiendo con mutuos odios y venganzas. También las tenían los de Loreto y del norte, aunque no con tanto exceso. Los del norte especialmente, así como son de genio más noble y de capacidad más despierta, así también son de condición más blanda y sociable, y de ánimos más dóciles a la razón, menos tercos y menos vengativos (1988:193).

UNA MIRADA AL PASADO

Como hemos visto, es difícil reconstruir las formas de vida de los distintos grupos a la llegada de los españoles. ¿Qué diremos de sus Historias más remotas? Los misioneros, como ya dijimos, tenían en menos la tradición que los nativos les transmitieron. En el mejor de los casos, no la entendieron y, en el peor, la tergiversaron. Sin embargo, se encontraron con evidencias o vestigios de tiempos antiguos que despertaron su curiosidad. Clavijero cuenta que los

jesuitas, en los últimos años que estuvieron allí, descubrieron en los montes situados entre los 27 y 28 [grados] de latitud, varias cuevas grandes cavadas en piedra viva, y en ellas pintadas figuras de hombres y mujeres decentemente vestidas, y de diferentes especies de animales. Estas pinturas, aunque groseras, representan distintamente los objetos, y los colores que para ellas sirvieron, se echa de ver claramente que fueron tomados de las tierras minerales que hay en los alrededores del volcán de las Vírgenes. Lo que más admiró a los misioneros fue que aquellos colores hubiesen permanecido en la piedra por tantos siglos sin recibir daño alguno ni del aire ni del agua (1970:49).

Y en otro pasaje dice:

Tenía de largo unos 50 pies, de ancho quince y otro tanto de alto y estaba formada a manera de bóveda apoyada sobre el pavimento. Como por la parte de su entrada estaba toda abierta, recibía bastante luz para poder observarse las pinturas de su parte interna y más alta. En ella estaban representados hombres y mujeres con vestidos semejantes a los de los mexicanos, pero absolutamente descalzos. Los hombres tenían los brazos abiertos y algo levantados,

y una de las mujeres estaba con el pelo suelto sobre la espalda y un penacho en la cabeza. Había también varias especies de animales, tanto de los nativos del país como de los extranjeros (1970:49-50).

La interpretación y fechación de muchas de esas pinturas siguen siendo un reto para los estudiosos. No dudamos de que, en cuanto se avance en el conocimiento de ellas, podremos tener una idea más cabal de su simbología, su origen y de otros muchos aspectos hoy ocultos por falta de un estudio continuado.⁹

ÚLTIMAS PALABRAS

He aquí unos cuantos rasgos de un mundo prácticamente desconocido y no poco denostado. Se requieren más estudios y análisis detenidos, con una utilización más crítica de las fuentes que los historiadores llamamos primarias. A partir de estas fuentes, hace falta una mayor confrontación de los elementos distintivos de los grupos para precisar lo que correspondería a unos y a otros: entornos geográficos y territoriales; flora y fauna; prácticas para obtener medios de vida: caza, pesca, recolección; tecnología: procesamiento de alimentos, habitación, transporte, medicina, vestido, calzado; familia; educación, vida religiosa, creencias.

Además hay que considerar los trabajos que han realizado y que tendrán que seguir realizando arqueólogos, geólogos, paleontólogos, paleobotánicos, paleonutriólogos, etnólogos, antropólogos, lingüistas.

Por último, no podemos omitir una reflexión final. Con todo y sus particularidades, estas Historias presentan semejanzas con otras Historias de los nativos del macizo continental. En forma particular podríamos destacar la preparación de granos en harinas, el guiso de algunos gusanos, del nopal y de otras raíces. El aprovechamiento total de la planta como el agave, de donde extraían hilo, y aprovechaban las espigas como agujas, la utilización del tronco del mismo como leña o para obtener de él otros productos o herramientas. La utilización de conchas, coral, piedras y plumas de aves para la fabricación de adornos; la elaboración de sandalias o huaraches, y de la de muchos instrumentos y herramientas necesarios

⁹ Estábamos terminando de escribir este trabajo cuando llegó a nuestras manos el libro que compusieron María del Pilar Casado y Lorena Mirambell, intitulado *El arte rupestre en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990. Esta antología, presenta cuatro trabajos que tratan del tema específico de la pictografía en Baja California, y otros tantos de otras partes de la república mexicana, así como de tres que sirven de marco teórico en este trabajo. Es indiscutible que esta antología servirá para el tema que aquí abordamos brevemente.

para la recolección, caza y pesca; tales como las balsas, las redes, las manos de morteros para moler los granos, los morteros mismos, los arpones; algunas similitudes en los vestidos y aun en las formas de confeccionarlos; la construcción de emparrados.

En la parte general estaría la apropiación comunal de determinados territorios y sus recursos mediante acuerdos entre los distintos grupos consanguíneos. El que la recolección, la caza y la pesca descansaban en un amplio conocimiento de la naturaleza. El que el aprovechamiento de los recursos naturales se daba buscando el equilibrio entre la reproducción natural y el consumo social.

El que en la vida comunal el individuo obtenía no sólo su sustento material, sino también su realización en cuanto miembro de ella. Fuera de la comunidad cada individuo no hubiese podido sobrevivir ni realizarse plenamente como ser humano. La comunidad les ofrecía los medios necesarios para sustentar su territorialidad y, lo que es más importante, sus habilidades, sus conocimientos, su propia redimencionalización y reproducción social. Reproducción que significaba la del individuo y la de la comunidad, ambos objetivándose ante la naturaleza y los demás grupos sociales.

Dicha objetivación se daba por una parte, a través de ese dilatado y reactualizado conocimiento de la naturaleza y, por la otra, a través de formas específicas de organización social. Ello permitió la construcción de distintas Historias. Historias —que como en algún sentido nos recuerda Arturo Warman— han sido menospreciadas y calificadas como bárbaras y salvajes por su “débil” desarrollo mecánico. A cuyo punto de vista hay que recordarle que dicha “carencia” se compensaba ampliamente con el profundo conocimiento de la naturaleza, el cual les permitió la creación y utilización de un vasto repertorio de recursos renovables para poder continuar con sus propias Historias; tan reales como las que se dieron en la llamada civilización de occidente. Todas ellas son historias y nos terminan mostrando que no hay una sola Historia, sino múltiples; que no hay un solo destino, sino distintas alternativas frente a la naturaleza y distintas formas de organización social con las cuales fue factible seguir la creación y recreación de la Historia de la Humanidad. Que esta última no es patrimonio de un grupo o de determinadas naciones. La humanidad, los distintos grupos que poblaron todo el orbe, aprendieron formas específicas y concretas para enfrentarse a su propia naturaleza y a la externa para poder vivir.

Y así como esas Historias nos muestran lo anterior también nos enseñan que la alienación, la conquista o la imposición sólo han servido para nulificar a las sojuzgadas, borrando sus huellas peculiares y múltiples, dejándonos una visión autoritaria del triunfo de una sola historia sobre el

resto. Comenzar a reconocer lo anterior es quizá la mejor lección que podemos desprender de la historia universal y ello no se nos debe olvidar, máxime en estos momentos cuando ciertos grupos intentan que toda la humanidad siga el camino que ellos han trazado como el único válido para seguir construyendo la Historia de la humanidad. Ante esa alternativa fatalista y autoritaria, hemos presentado un breve bosquejo, una parte de la historia de comunidades que supieron dar respuesta tanto específicas como variadas a los distintos medios geográficos en los que se acentaron, construyendo así sus propias historias y que nunca prehistorias.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes de primera mano

- BAEGERT, Juan Jacobo. 1942. *Noticias de la península americana de California*. Antigua Librería de Robredo. México (con introducción de Paul Kirchoff, traducción de Pedro R. Hendrichs).
- BRAVO, Jaime, Juan de Ugarte y Clemente Guillen. 1970. *Testimonios sudcalifornianos, nueva entrada y establecimiento en el puerto de la Paz*. UNAM-III. México, (edición preparada por Miguel León Portilla).
- CLAVIJERO, Francisco Xavier. 1970. *Historia de la Antigua o Baja California*. Editorial Porrúa, ("Sepan Cuántos... 143). México, (estudio preliminar de Miguel León Portilla).
- DEL BARCO, Miguel. 1988. *Historia natural y crónica de la antigua California*, UNAM-III. México, 2a. ed. (Edición y estudio preliminar de Miguel León Portilla).
- GUILLÉN, Clemente. 1979. *Explorer of the South. Diaries of the Overland Expedition to Bahía Magdalena and La Paz, 1719-1720*. Los Ángeles California.
- NUNIS, Doyce B. 1972. *The Drawings of Ignacio Tirsh: a Jesuit Missionary in Baja California*, Dawson's Book Shop, Los Ángeles California.
- VELÁZQUEZ DE LEÓN, Joaquín. 1975. *Descripción de la antigua California 1768*. Ayuntamiento de la Paz. La Paz, Baja California Sur. (Transcripción, presentación y notas de Ignacio del Río).
- VENEGAS, Miguel. 1943-1944. *Noticias de la California y de su conquista temporal y espiritual*. Reproducción de la edición de Madrid, México, Editorial Layac, , vol. 3.
- PICCOLO, Francisco María. S/J. 1962. *Informe del estado de la Nueva Cristianidad de California, 1708, y otros documentos*. Ediciones José Porrúa Turanzas. Madrid.

- PICCOLO, Francisco María, Juan Ugarte y Guillermo Stratford. 1958. *Tres documentos sobre el descubrimiento y exploración de Baja California por Francisco María Piccolo, Juan Ugarte y Guillermo Stratford*. México. JUS. (Edición de Roberto Ramos).
- RAMOS, Roberto. 1958. *Relación del Padre Ignacio María Napoli, Acerca de la California, Hecha el Año de 1721*. Edición de Roberto Ramos. México. JUS.

Otras fuentes de primera mano

- BURRUS Ernest J. S.J. y Félix Zubillaga S.J. (Eds.), 1986. *El noroeste de México, documentos sobre las misiones jesuíticas 1600-1769*. México, UNAM-IIIH.
- DEL RÍO Chávez, Ignacio. 1970. "Documentos sobre las Californias que se encuentran en el archivo franciscano de la Biblioteca Nacional", *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*. Tomo 2, no. 1, enero-junio.
- RODRÍGUEZ, Lorenzo Esteban. 1974. *Descripción y toponimia indígena de California, 1740*. La Paz, Baja California, Gobierno del Territorio de Baja California. (Edición, introducción y notas de Miguel León Portilla).

Para la porción norte:

- BAUTISTA De Anza, Juan, 1989. *Diario del primer viaje a la California, 1774*. Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo.
- CONSTANSO, Miguel. 1950. *Diario histórico de los viajes de mar y tierra hechos al norte de la California*. Editorial Chimalistac, México.
- 1968. *Diario histórico de los viajes de mar y tierra hechos al norte de la California de orden del excelentísimo señor marqués de Croix, virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España, s/e*. México.
- GARCÉS, Fray Francisco. 1968. *Diario de exploraciones en Arizona y California en los años de 1775 y 1776*. México, UNAM-IIIH. (Introducción y notas de John Galvin).
- KINO, Eusebio Francisco. 1964. *Kino Escribe a la Duquesa: Correspondencia del P. Eusebio Francisco Kino*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, (Chimalistac, 18)
- 1969. *First from the Gulf to the Pacific: the Diary of the Kino Atondo Peninsular Expedition*. Dawson's Book Shop, diciembre 14 de 1684 y enero 13 de 1625. Los Ángeles, California.

- 1989. *Las misiones de Sonora y Arizona; "favores celestiales" y "relación diaria de la entrada al noroeste"*. México, Editorial Porrúa, (Biblioteca Porrúa, 96). (Versión paleográfica e índice por Francisco Fernández del Castillo, con noticias bibliográficas del Padre Kino y sus exploraciones y fundaciones por el Dr. Emilio Bose).
- LINCK, Wenceslaus. 1966. "Wenceslaus Linck's Diary of his 1776 expedition to Northern Baja California". Traducción al inglés, edición y notas de Ernest J. Burrus, S.J., Dawson's Book Shop. Los Ángeles, (Baja California Travels Series).
- MANGE, Juan Mateo. 1926. *Luz de tierra incógnita*. Talleres gráficos de la nación, México.
- PALOU, Francisco. 1857. *Noticias de la Nueva California*. México, Imprenta de Vicente García Torres, 2 vols. (Documentos para la historia de México, cuarta serie, números VI y VII).
- 1970. *Vida de Fray Junípero Serra, y Misiones de la California Septentrional*. México, Editorial Porrúa, ("Sepan Cuántos... 143). (Estudio preliminar de Miguel León Portilla).
- RÍO, Ignacio del (trad.). 1973. *Sebastian Vizcaíno y la expansión española en el océano Pacífico, 1580-1630*. México. UNAM-III.
- RIVERA Y MONCADA, Fernando de. 1967. *Diario del capitán Fernando de Rivera y Moncada*. Madrid, José Porrúa Turanzas, 2 vol. (Chimalistac, 24-24), (con apéndice documental, edición, prólogo y notas de Ernest J. Burrus).
- SALES, Luis. *Noticias de la Provincia de California 1794; Por Luis Sales de la Orden de Predicadores*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1960 (Chimalistac, 6).
- SERRA, Junípero. 1969. *Diario para los puertos de San Diego y Monte Rey*. Archivo de San Diego Public Library, San Diego.
- LEÓN PORTILLA, Miguel (Ed.). 1977. *Documentos para la historia de Baja California*. México, UNAM-III.

OBRAS GENERALES DE:

Época colonial

- ALEGRE, Francisco Javier. 1960. *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*. Roma, Institutum Historicum, S.J. (Nueva edición por Ernesto J. Burrus y Félix Zubillaga).
- BOLTON, Herbert Eugene (editor). 1930. *Anza's California Expeditions*, University of California Press, vol. 5. Berkeley.

- CAVO, Andrés. 1959. *Historia de México*. México, Porrúa. (Edición crítica del P. Ernest J. Burrus).
- FLORENCIA, Francisco. 1955. *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España. Grandes crónicas mexicanas 2*. Academia Literaria. México. (Prólogo de Francisco González de Cossío).
- PÉREZ DE RIBAS, Andrés. 1944. *Historia de los triunfos de Nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*. Editorial Layac. Vol. 3. México. (Prólogo de Raúl Cervantes Ahumada).
- s/a. 1966. "Información sobre las misiones (1793) e instrucción reservada al marqués de Branciforte (1794), por el conde de Revillagigedo." *México heroico 50*. JUS. México.
- VÁSQUEZ De Espinosa, Antonio. 1969. "Compendio y descripción de las Indias occidentales". *Biblioteca de autores españoles*. Tomo CCXXXI Madrid, Atlas. (Transcritas del manuscrito original por Charles Upson Clark, edición y estudio preliminar por B. Velasco Bayon, O. Carm).

Arqueología

- BENDÍMEZ P., Ma. Julia y Don Laylander. 1987. "Las manifestaciones rupestres de Baja California", en: Memoria del cuarto simposium de historia regional "Antonio Melendez", Gobierno del Estado de Baja California, Mexicali.
- DAHLGREN, Barbro y Javier Romero. 1951. "La prehistoria bajacaliforniana, redescubrimiento de pinturas rupestres", *Cuadernos americanos*, vol. 58, julio-agosto. México.
- GARCÍA Uranga, Baudelina. 1988. "La antropología física y la arqueología en Baja California". *La antropología en México, panorama histórico*. 12 (La antropología en el norte de México). Coordinador Carlos García Mora, INAH, México.

Historiografía

- ACUÑA Gálvez, Cruz. "El romance del padre Kino", *México heroico*, 104, JUS, 19, México.
- 1969. "A Biographical note on Isidro de Atondo y Antillon, Admiral of the Californias", *California Historical Society Quarterly*, vol. XLVIII, no. 3, Septiembre.
- 1978. Baja California Cartografía: catálogo de mapas, planos y diseños del siglo XIX que se encuentran en la Paz, Baja California Norte, Archivo del Poder Ejecutivo.

- BENDÍMEZ P., Julia. 1987. "Antecedentes históricos de los indígenas de Baja California". *Estudios fronterizos*, revista del Instituto de Investigaciones Sociales, Año V, vol. V, no. 14, septiembre-diciembre, UABC.
- 1985. "Algunas observaciones sobre los complejos arqueológicos de Baja California", *Meyibó*, vol. II, no. 5, UABC.
- BENDÍMEZ P., Julia y Don Laylander. 1985. "Wenceslaus Linck y la última frontera jesuita en Baja California", *Meyibó*, vol. II, no. 6, UABC.
- BARRE, Aíslan C. 1975. *Baja California, 1535-1956. A bibliography of historical, geographical and scientific literature relating to the Peninsula of Baja California and to the adjacent in the Gulf of California and the Pacific Ocean*, Los Ángeles, California, Bennett & Marshall, vol. 2.
- BAYLE S.J., Constantino. 1933. *Historia de los descubrimientos y colonización de los padres de la Compañía de Jesús en la Baja California*, Librería General de Victoriano Sánchez, Biblioteca de Americanistas 6, Madrid.
- BOLTON, Herbert Eugene. 1917. *Fray Juan Crespi*. Berkeley of California Press.
- 1960. *Rim of Christendom. A Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*. Russell and Russell, New York.
- BURRUS, Ernest J. (editor). 1967. *La obra cartográfica de la provincia mexicana de la compañía de Jesús (1567-1967)*. Ediciones José Porrúa Turanzas, (Chimalistac 1 y 2), Madrid.
- CARRENO, Alberto María. 1961. "Misionero en México", *Figuras y episodios de la historia mexicana*, 95, JUS, México.
- CRUZ, Francisco Santiago. "Baja California. Biografía de una península". *México heroico*, 99, JUS, México.
- DECORME, Gerardo. 1941. *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial 1572-1762, compendio histórico*. Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos. México.
- DÍAZ DE OVANDO, Clementina. 1977. "Baja California en el mito", *Meyibó*, Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC. México.
- DÍAZ, Marco. 1986. *Arquitectura en el desierto: misiones jesuíticas en la Baja California*. UNAM-IE. México.
- FLORES D., Jorge. 1940. *Documentos para la historia de la Baja California*, s.p.i. México.
- GERHARD, Peter y Howard F. Gulick. 1967. *Lower California Guidebook*, the Arthur H. Clark Company. Glendale. 4a. ed.
- GÓMEZ Canedo, Lino. 1960. "De México a la alta California". *México heroico*, 103, JUS. México.

- “Informe franciscano sobre las misiones jesuíticas”, *Historia mexicana*, vol. XIX, no. 4.
- GONZÁLEZ Claveran, Virginia. 1988. *La expedición científica de Malaspina en Nueva España, 1789-1974*. El Colegio de México. México.
- HERRERA Carrillo, Pablo. 1960. *Fray Junípero Serra: civilizador de las Californias*. Ediciones Ilus. México. 3a. edición.
- LEMOINE V., Ernesto. 1959. “Reseña histórico demográfica de Baja California durante la época colonial”. *El México antiguo IX*. México.
- LEÓN Portilla, Miguel (editor). 1970. “El ingenioso don Francisco Ortega. Sus viajes y noticias californianas, 1632-163”, *Estudios de historia novohispana*, vol. VIII.
- 1974. “Las pinturas del bohemio Ignaz Tirsch sobre México y California en el siglo XVIII”. *Estudios de historia novohispana*, UNAM, México.
- 1983. “La labor de los dominicos”. *Panorama histórico de Baja California*, Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC. Tijuana, Baja California.
- 1983. “El período de los franciscanos 1768-1771”, *Panorama histórico de Baja California*. Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC. Tijuana, Baja California.
- LÓPEZ Sarrelangue, Delfina. 1967. “Las misiones jesuitas en Sonora base de la colonización en Baja California”. *Estudios de historia novohispana*, vol. II., UNAM. México.
- MARCO Aguilar, José Luis, *et al.* 1979. “Misiones de la Península de Baja California, UABC, tesis inédita, Mexicali.
- MATHES, Michael (ed.). 1974. *A Brief History of the Land of California 1533-1795*. La Paz, Baja California Sur.
- MATHES, W. Michael. 1965. *California I. Documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*. José Porrúa Turanzas, (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de Nueva España nos. 22 y 23, vol. 2.) Madrid.
- 1965. *California III. Documentos para la historia de la transformación colonizadora de California, 1679-1686*. José Porrúa Turanzas, (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de Nueva España, nos. 36, 37 y 38, vol. 3.) Madrid.
- 1970. *California II. Documentos para la historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*. José Porrúa Turanzas, (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de Nueva España, nos. 29 y 30, vol. 2.) Madrid.

- MEADE de Angulo, Mercedes. 1981. "Informe sobre las misiones 1793". *Calafia*, IV, 5, Mexicali.
- 1944. *Correspondencia entre el general Micheltorena y el comodoro norteamericano Thomas APC. Jones, sobre las Californias*. Edición Vargas Rea, México.
- NAVARRO García, Luis. 1964. *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de la Nueva España*. Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla. Sevilla. (Prólogo de José Antonio Calderón Quijano).
- PORTILLO, Álvaro del y Díaz de Solano. 1947. *Descubrimientos y exploraciones en las costas de Baja California*. Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, Madrid.
- RÍO, Ignacio del (Trad.). 1973. *Sebastian Vizcaíno y la expansión española en el océano Pacífico, 1580-1630*. UNAM-III, México.
- RÍO Chávez, Ignacio del. 1971. "El régimen jesuítico de Baja California". Tesis, UNAM, México.
- 1980. "Los indios de Baja California (notas etnográficas)". *Históricas*, Boletín de información, UNAM-III, no. 2, enero-abril.
- 1980. "Sonora y la ocupación española de la Baja California", *Memoria del quinto simposio de historia de Sonora*. Instituto de Investigaciones Históricas. Hermosillo, Sonora.
- 1983. *Conquista y aculturación en la California jesuítica*. UNAM, Méx.
- 1990. "A la diestra mano de las indias, descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California". *Historia novohispana*, no. 42, UNAM-III, México.
- "La época colonial en California, tareas, temas y problemas de investigación". *Meyibó*, no. 3. CIH-UNAM-UABC.
- ROBERTSON, Tomas. 1978. *Baja California and its Missions*. La Siesta Press, Glendale, California.
- ROMERO Aceves, Ricardo. 1976. *California en la ruta de los misioneros*. Costa Amic, México.
- SALADO Álvarez, Victoriano. 1968. *Cómo perdimos California y salvamos Tehuantepec*. JUS. México. (Compilación y título de Ana Elena Rabasa de Ruis Villalpando).
- TEJA Zabre, Alfonso. 1962. *Lecciones de California*. Instituto de Historia, UNAM, México.
- 1977. *Las misiones en Baja California—The mission of Baja California 1683-1849: una reseña histórico-fotográfica*. La Paz Baja California Sur, Ediciones Aristos.
- VÁLDEZ, Adrián. "Temas históricos de la Baja California", *México heroico*, no. 24. JUS. México.

- VENEGAS, Miguel S.J. 1983. "El Atlante de las Californias", *Meyibó*, no. 3., CIH-UNAM-UABC.
- WALTHER MEADE, Adalberto (Trad.). 1978. *Cortés en California, 1535: el viaje de Fernando Cortés según los cronistas y manuscritos*. Mexicali, Baja California, UABC.

Otros obras:

- BENDÍMEZ, Ma. Julita. 1985. "Algunas consideraciones sobre la arqueología de Baja California". *Meyibó*, no. 5.
- CASTILLO, Pedro G. y Antonio Bustamante. 1989. *México en Los Ángeles, una historia social y cultural, 1781-1985*. Alianza Editorial Mexicana y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- COMAS, Juan. 1971. *Introducción a la prehistoria general*. UNAM-III. México.
- GONZÁLEZ Jácome, Alba (Comp.). 1988. *Orígenes del hombre americano*. (seminario). SEP, Cien de México.
- MARTÍNEZ Del Río, Pablo. 1987. *Los orígenes americanos* (seminario). 2a. ed. Coordinación de Eduardo Matos Moctezuma. SEP (Cien de México).
- MATOS Moctezuma, Eduardo (Comp.) 1987. *Ideas acerca del origen del hombre americano (1570-1916)*. SEP. México.
- SHERBURNE F., Cook y Woodrow Borah. 1980. *Ensayos sobre historia de la población mexicana y California*. (Nuestra América, 29). México. (Traducido por Clemente Zamora).
- WARMAN, Arturo. 1988. *Historia de un bastardo: maíz y capitalismo*. Fondo de Cultura Económica. México.